

# CUANDO LOS SANTOS BAILAN

*Cuentos del altar y la plaza*



Eduardo Sanchez Jimenez

Universidad Politécnica de Atlautla,  
Estado de México,

## Contenido

Presentación .....	2
La feria de las promesas.....	4
El santuario del silencio .....	8
El danzante y el diablo.....	12
La feria de los colores .....	17
La procesión del solitario .....	22
Los tamales de la abuela .....	27
La campana que canta sola .....	32
El santo sin nombre.....	37
La feria de las ánimas.....	42
La danza de los pies descalzos.....	47
El peregrino errante.....	52
El milagro de la fuente seca .....	57
El santo que no quiso viajar .....	62
La feria de los espejos.....	67
La tortilla del destino .....	72
El ajonjolí de los milagros .....	77
El Santo que bailaba en las Noches.....	83
El Cristo de los caminos polvorientos .....	86
Los bandidos del Santo Mezcalero .....	90

## Presentación

**Cuando los santos bailan: cuentos de altarez y la plaza**, se inscribe en la tradición literaria del costumbrismo mexicano, recuperando expresiones vivas del imaginario colectivo rural a través de la ficción. La obra narra escenas donde lo religioso y lo festivo se entrelazan con lo mágico, lo simbólico y lo cotidiano, permitiendo una lectura antropológica de la cultura popular en los pueblos del sur y centro de México.

El enfoque estilístico y temático encuentra sustento en la obra de **Francisco Rojas González**, quien en *El Diozero* dignificó las voces populares y las estructuras narrativas propias de la tradición oral. Siguiendo esa línea, este compendio da vida a personajes marginales y figuras míticas —santos que viajan, vírgenes que lloran, bandidos que se redimen, danzantes que sanan— todos insertos en un universo donde lo sagrado no se impone desde la institucionalidad religiosa, sino que emerge desde el corazón comunitario.

Desde la antropología simbólica, se retoman los planteamientos de **Clifford Geertz**, particularmente su concepción de la cultura como una red de significados que puede ser “leída” a través de la interpretación densa. En este sentido, cada cuento funciona como una ventana hacia los rituales, las ferias, las creencias y los valores de los pueblos, haciendo de la narrativa una herramienta para el análisis cultural. El texto también dialoga con los estudios de **Roger Bartra**, especialmente en lo referente a las construcciones simbólicas de “lo mexicano”, donde la melancolía, el sincretismo religioso y la exaltación del campo aparecen como constantes de una identidad que fluctúa entre lo ancestral y lo moderno.

La religiosidad popular, elemento central del libro, se fundamenta teóricamente en la obra de **Jean-Pierre Bastian**, quien entiende estos fenómenos como prácticas vivas, fluidas, sincréticas y profundamente creativas. Las fiestas patronales, peregrinaciones y milagros narrados en los cuentos no solo reafirman la fe comunitaria, sino que sirven de resistencia cultural ante la homogeneización contemporánea. Asimismo, el texto recoge la mirada crítica y estética de **Ignacio Manuel Altamirano** y **Carlos Monsiváis**, al recuperar tanto la ambientación natural del paisaje mexicano como la riqueza de la feria como microcosmos social, donde convergen contradicciones y esperanzas del pueblo.

Finalmente, este libro de cuentos se nutre también de una lectura contemporánea inspirada por **Arjun Appadurai**, reconociendo que los espacios locales como las ferias o las danzas de barrio son escenarios de producción cultural activa, donde se negocian las tradiciones, se reinventan los símbolos y se inscriben nuevas formas de pertenencia. En suma, una obra que busca no solo narrar, sino también conservar y resignificar un archivo vivo de la memoria cultural de los pueblos. Su valor radica en entretener lo literario y lo antropológico, lo histórico y lo mítico, como una forma de resistencia, celebración y reflexión en torno a la identidad mexicana.

Las ferias de los pueblos son mucho más que simples celebraciones; son espacios donde lo sagrado y lo profano se entrelazan, donde los santos parecen bailar al ritmo de la devoción popular y donde los alimentos, las danzas y las leyendas tejen el alma de las comunidades. En este compendio, "Cuando los Santos Bailan: Cuentos del altar y la plaza", exploramos las tradiciones vivas que han perdurado por generaciones, mezclando el realismo mágico con la memoria colectiva. A través de quince relatos, recorreremos santuarios donde los peregrinos pierden la voz, mercados donde los muertos vuelven por una última alegría, espejos de feria que revelan verdades ocultas y danzas que conectan a los vivos con lo sobrenatural. Cada cuento es una ventana a la esencia de los pueblos, a sus creencias más profundas y a los milagros cotidianos que surgen en las plazas iluminadas por juegos mecánicos y veladoras encendidas en los altares.

Las ferias son el punto de encuentro entre la historia y la fe, entre los productos agrícolas que sostienen a las familias y las imágenes veneradas que las protegen. Aquí, el maíz no es solo alimento, sino testigo de pactos divinos; la tortilla revela destinos y el ajonjolí es portador de milagros. En cada esquina, entre los pregoneros y los puestos de antojitos, resuena el eco de danzantes que jamás dejan de moverse. Este libro es una invitación a sumergirse en el imaginario de los pueblos, a escuchar el susurro de los santos viajeros y a descubrir que, en las noches de feria, todo es posible: incluso que los santos bailen.

*Eduardo Sánchez Jiménez*

*El autor*

## La feria de las promesas



Cada año, cuando las jacarandas comenzaban a soltar su lluvia morada sobre los empedrados, el pueblo de San Jerónimo se transformaba. Las calles polvorientas se vestían de colores, los puestos surgían como hongos tras la lluvia y el aire se llenaba de música, incienso y el olor tentador del anís y el maíz tostado. En el centro de la plaza, justo frente al santuario, se colocaba un pequeño altar de madera donde los fieles dejaban papelitos amarrados con hilo rojo, eran promesas. Algunas pedían salud, otras amor o trabajo, pero todas estaban escritas con la tinta del deseo profundo. Dicen que San Jerónimo, el patrono del pueblo, bajaba en las madrugadas a leerlas una por una, y que cumplía sólo aquellas que nacían del corazón sincero.

Aquella feria, sin embargo, sería diferente. Porque entre las promesas colgadas, una pertenecía a un niño que no pedía nada para sí, sino para alguien más. Y porque esa promesa... desapareció sin dejar rastro. Mateo tenía nueve años y una manera muy suya de mirar el mundo: como si cada cosa pudiera tener alma, hasta los trompos, los tejocotes y los tamales de feria. Vivía con su abuela Tomasa, quien lo había criado desde que su madre se marchó con una caravana de circo rumbo a la costa. A pesar de que era pequeño, Mateo comprendía lo que significaba el esfuerzo, y también lo que significaba la fe.

—San Jerónimo escucha a los que de verdad creen —le decía la abuela mientras ponía a cocer elotes para vender en la feria—, pero no le gusta que le pidan cosas nomás por pedir.

Esa feria, Mateo había guardado unos centavos para comprar papel de colores y un cordón rojo. No pensaba pedirle un juguete ni una bicicleta como los otros niños. Su abuela tosía cada vez más fuerte por las noches y había días en que ni se levantaba de la hamaca. Así que, con su letra aún insegura, escribió: “San Jerónimo, que mi abuela se cure. No me importa que ya no haya reyes magos. Nomás ayúdala, por favor.”

Esa noche, después de dejar el papelito en el altar de las promesas, Mateo se fue a casa con el corazón ligero. Pero al día siguiente, cuando volvió para asegurarse de que su petición seguía ahí, encontró el cordón colgando... sin el papel. Había desaparecido.

Desesperado, preguntó a los encargados del altar, a los ancianos del pueblo, incluso a una señora que decía leer cartas junto a la rueda de la fortuna. Nadie sabía nada. Algunos se burlaron, otros lo mandaron a rezar más fuerte. Solo una mujer vestida de colores vivos, que vendía muñecas tejidas, lo miró fijo y le dijo en voz baja:

—Cuando una promesa se pierde así... es que ya la están cumpliendo desde otro lado.

Mateo no entendió del todo, pero algo en su pecho se aflojó. Esa tarde regresó a casa con el alma hecha nudo, temiendo que lo peor ya hubiera pasado. Pero al llegar, encontró a su abuela de pie, sonriendo con los labios partidos, removiendo con fuerza el atole de cajeta.

—Hoy amanecí con ganas de vivir, Mateo —le dijo—. No sé por qué, pero así fue.

Mateo no dijo nada. Solo miró hacia el cielo donde las luces de la feria empezaban a encenderse una por una, como si el pueblo entero respirara al compás de un milagro silencioso. Esa noche, mientras la feria bullía en luces y alboroto, Mateo volvió al altar. Llevaba otro papel, igual de sencillo, pero sin palabras. No sabía qué más decir, solo quería estar cerca del lugar donde creyó haber depositado su esperanza.

Se quedó ahí sentado en la banqueta, entre el murmullo de los devotos, las campanitas del carrito de los algodones y el retumbar lejano de los cuetes. A lo lejos, un grupo de danzantes con penachos brillantes bailaba frente al santuario. Sus movimientos eran precisos, casi como si giraran en un rito secreto que el pueblo conocía pero nadie se atrevía a explicar. Mateo los miró hipnotizado. Uno de ellos, el más joven, se detuvo un momento frente al altar. Se quitó el penacho, se inclinó con respeto y, sin que nadie más lo notara, colocó algo entre las ofrendas. Mateo se levantó curioso, se acercó con cuidado y, entre las velas y los listones, encontró un pequeño papel doblado en cuatro. No era suyo, lo sabía, pero algo lo hizo abrirlo.

Adentro no había palabras. Solo un dibujo: una mazorca envuelta en rayos, con raíces que bajaban al centro de la tierra y una estrella encima. Mateo sintió un escalofrío. El símbolo le parecía familiar, como algo que había visto en uno de los bordados antiguos de su abuela. Entonces recordó una historia que ella solía contarle: la del “maíz promesa”, una planta sagrada que solo crecía cuando alguien hacía una petición completamente desinteresada. Su abuela decía que si un día alguien sembraba una promesa de verdad pura, el maíz milagroso brotaría junto al altar y su luz podría curar lo que ni los doctores podían nombrar.

Esa noche, Mateo no pudo dormir. Se levantó antes del alba, corrió al altar con una pequeña lámpara de aceite y se quedó mirando el suelo. Nada. Pero justo cuando el cielo comenzó a aclararse, lo vio. Una pequeña hoja verde, nueva, brotando entre las grietas de la piedra. No era flor de feria, no era adorno. Era maíz. Maíz naciendo del lugar donde, un día antes, él había colgado su promesa. El niño cayó de rodillas ante el pequeño brote. No lo tocó. Solo lo miró con la reverencia que se le tiene a los milagros, con la ternura de quien ha aprendido que lo invisible también crece, lento, pero firme.

Ese día la feria continuó como cada año, con su bullicio, sus danzas, sus juegos y su procesión. Pero para Mateo, todo era distinto. Sentía que caminaba dentro de una historia

antigua, una de esas que su abuela contaba junto al fogón, donde los santos hablaban en silencio y las promesas echaban raíces. Por la tarde, regresó a casa con una sonrisa que le brotaba desde el pecho. La abuela Tomasa ya no tosía, y hasta había sacado la silla de palma al zaguán para platicar con las vecinas, como hacía mucho no lo hacía. Cuando Mateo le ofreció acompañarla al santuario, ella aceptó sin dudar.

—Dicen que el santo está haciendo milagros más rápidos este año —le comentó mientras caminaban—. Que hay un brote nuevo junto al altar. Qué cosa, ¿verdad?

Mateo no respondió. Solo la miró caminar a su lado, más erguida, más viva. Sabía que ella lo sentía también, que lo sabía, aunque no se dijera con palabras. Al llegar al altar, se arrodillaron juntos. La abuela vio el pequeño tallo de maíz y sonrió con los ojos húmedos.

—No hay casualidades en las ferias de los santos, Mateo —susurró.

Y justo en ese momento, entre los tambores de los danzantes, el repique de las campanas y el aroma de copal que llenaba el aire, Mateo juró escuchar una risa lejana, suave, como de un santo niño que bailaba contento porque alguien, esta vez, sí había cumplido su promesa.

## El santuario del silencio



**E**l santuario de San Rafael estaba enclavado en la cima de una colina que nadie subía sin una razón poderosa. No era famoso por sus milagros, ni por su arquitectura, sino por un fenómeno extraño que los habitantes del pueblo de Ocotitlán asumían con resignada devoción: quien cruzaba su umbral, perdía la voz. No era una maldición, decían los más viejos. Era un pacto. Un acuerdo entre el santo y los hombres para que, dentro de aquel espacio, solo hablaran las almas.

Cada año, durante la feria patronal, cientos de peregrinos llegaban en silencio, portando velas, listones, flores de compasúchil y fotografías envueltas en mantas. Entraban al santuario con la garganta entera, y salían con las palabras atascadas en el pecho. Algunos lo tomaban como penitencia. Otros, como liberación. Fue en ese contexto que llegó Elías, un joven de mirada inquieta y cuaderno bajo el brazo, estudiante de antropología que había recorrido varios pueblos en busca de creencias inusuales. Escuchó del santuario en el mercado de Ozumba,

cuando una anciana le vendió un bordado y le dijo, como quien suelta un acertijo: “Si quiere escuchar la verdad, vaya donde no se puede hablar.”

Elías subió la colina al amanecer del tercer día de feria. Llevaba grabadora, cuaderno, lápiz, y una arrogancia suave, disfrazada de curiosidad científica. Los comerciantes del camino le hicieron señas de silencio, pero él solo sonrió. “Una construcción del mito colectivo”, pensó. “Un mecanismo de control social. Una experiencia liminal.” Entró. El primer paso lo dio con seguridad. El segundo, con un leve estremecimiento. Al tercero, el silencio lo golpeó como una ola espesa. Intentó decir “buenos días”, pero su boca se abrió sin sonido alguno. Probó toser, silbar, hasta reírse, pero nada. El eco dentro de su cuerpo se había apagado.

El santuario era modesto: muros blancos, techos bajos, imágenes humildes. En el altar, una figura de San Rafael de pasta de caña, con alas extendidas y mirada austera. Elías caminó entre los bancos de madera ocupados por personas en oración muda. Había mujeres con lágrimas cayendo sin sollozos, hombres con los puños cerrados en súplica contenida, niños dormidos sobre las piernas de sus madres. El silencio era tan denso que parecía tener peso, olor, textura. Elías se sentó, sacó su libreta y quiso anotar lo que sentía, pero su mano temblaba. Por primera vez desde que comenzó a investigar, no sabía qué escribir. Algo en él empezaba a ceder: una capa de escepticismo, quizás. O tal vez la costra del ego.

Pasaron los minutos, o tal vez horas. Elías cerró los ojos y, sin proponérselo, pensó en su madre. Hacía años que no le hablaba. Pensó en su hermana, en los errores, en las palabras que nunca dijo. Y allí, en medio del silencio, entendió: ese lugar no robaba la voz... la devolvía al corazón. Cuando salió del santuario, lo hizo sin cuaderno, sin grabadora, y con una sonrisa humilde. Tardó dos días en recuperar la voz, pero no quiso usarla. Porque había aprendido que algunas verdades, las más profundas, solo se dicen en silencio.

La noticia de que Elías había entrado al santuario y salido sin palabra se esparció rápido por el pueblo. Algunos comerciantes se burlaron en voz baja, otros lo miraban con respeto, como si hubiese cruzado un umbral del que pocos regresaban iguales. Pero lo que nadie supo, ni siquiera él, fue que había dejado algo más dentro del recinto: un hilo invisible que lo ataba a ese silencio sagrado. En los días siguientes, Elías comenzó a cambiar. Caminaba menos deprisa, ya no tomaba notas ni grababa entrevistas, escuchaba.

Con una atención tan honda que incomodaba. Se sentaba con los artesanos, con los músicos de la banda local, con los danzantes del barrio del Sol. A veces solo observaba el movimiento de las manos al tejer, los pasos al danzar, los gestos al rezar. Y en ese mirar callado, fue comprendiendo que la gente no acudía al santuario a pedir milagros, sino a rendirse a una verdad que no cabía en las palabras. Una tarde, mientras ayudaba a una anciana a acomodar veladoras junto al altar del santo, ella le dijo sin mirarlo:

—No todos los silencios son vacíos, hijo. Algunos están llenos de lo que nunca nos atrevimos a decir.

Elías bajó la mirada y comprendió. No solo había perdido su voz dentro del santuario. Había dejado atrás la necesidad de nombrarlo todo, de explicarlo todo. En su lugar, había nacido una intuición más honda, como si su alma por fin respirara al ritmo del pueblo. Al séptimo día, mientras caía la tarde y las últimas danzas se realizaban en la plaza, Elías se acercó al santuario una vez más. Esta vez no para entrar, sino para sentarse en las escalinatas y mirar en silencio. La voz le había vuelto, sí, pero ya no la necesitaba como antes. Sabía que la verdadera transformación no se cuenta. Se guarda. Se vive. Se honra en silencio.

El último día de la feria llegó con el repique alegre de las campanas y el aroma de anís y copal mezclado en el aire. Los trepadores del palo encebado se preparaban para el descenso ritual desde el mástil del atrio, los puestos comenzaban a desmontarse y las familias del pueblo subían al santuario para despedirse con devoción del santo que los había escuchado sin pronunciar palabra. Elías despertó temprano, como si algo lo llamara desde la colina. Caminó con paso tranquilo, sin grabadora ni cuaderno, con las manos vacías y el corazón lleno. Al llegar al santuario, se sentó en el mismo banco de madera donde, días antes, había comprendido el peso del silencio.

A su alrededor, los fieles llegaban uno por uno, algunos arrodillándose, otros simplemente sentándose con los ojos cerrados. Nadie hablaba. Y sin embargo, el lugar estaba lleno de voces: las del alma, las del recuerdo, las de aquello que nunca se dijo en voz alta. Cerca del altar, una niña colocaba una muñeca de trapo junto a una veladora. Un anciano con sombrero se quitaba los huaraches antes de entrar. Una joven embarazada se persignaba con lentitud, como si pidiera protección sin mover los labios. Cada gesto era una oración sin palabras.

Cada mirada, una plegaria. Y Elías, entre ellos, sentía que al fin formaba parte de algo más grande. Fue entonces cuando lo vio.

Una mujer mayor, de rostro sereno y vestido azul, lo miró desde el umbral. Tenía los ojos claros y las manos arrugadas. Caminó hacia él sin prisa, como si lo reconociera. Se sentó a su lado sin decir nada. Después de un largo momento, le susurró, con una voz suave, quebrada por los años:

—Tú también escuchaste, ¿verdad?

Elías asintió.

—Al principio uno cree que viene a entender. A estudiar, a clasificar. Pero esto... esto es otra cosa —dijo ella—. Aquí uno no viene a oír. Viene a recordar.

Elías tragó saliva. Quiso decir algo, pero se contuvo. La mujer le tomó la mano un instante, luego se levantó y caminó hacia el altar. Cuando la última campanada sonó en el santuario, Elías salió. El sol caía sobre la colina como una bendición y la brisa traía consigo el murmullo lejano de una danza. Miró hacia el pueblo, donde las calles empezaban a vaciarse, pero el eco del silencio seguía con él, como una música secreta.

Esa misma tarde, se marchó de Ocotitlán. No escribió un artículo. No hizo una tesis. No publicó un estudio. Solo volvió a casa con una calma profunda y la certeza de haber aprendido el lenguaje más antiguo: el que no necesita palabras para sanar, para agradecer, para entender. Desde entonces, cada vez que sentía que el ruido del mundo lo sobrepasaba, cerraba los ojos, respiraba hondo y volvía, en su memoria, al santuario del silencio... donde lo que no se dice, también encuentra su lugar.

## El danzante y el diablo



Cada pueblo tiene su danza, su ritmo, su manera de celebrar la vida, pero en Tlayacapan, la danza no era solo un baile. Era un hechizo, un ritual cargado de historia y misterio. Cada año, durante la fiesta patronal, el pueblo se vestía de gala para el “Danzón de las Sombras”, una ceremonia ancestral que todos los habitantes esperaban con ansias, pero de la que nadie hablaba después de que se apagaban las luces. Nadie sabía con certeza cuándo comenzó, ni quién lo había iniciado, pero las leyendas hablaban de un pacto antiguo entre los habitantes y un espíritu protector que sólo se manifestaba en la danza. Lo curioso era que el danzón solo podía ser bailado por las sombras de aquellos que lo habían presenciado en la juventud.

Y de aquellos que lo bailaban, pocos regresaban intactos. Decían que se perdían en la danza, atrapados en un ciclo sin fin, danzando hasta la eternidad. Cuentan que, en la víspera del último Danzón de las Sombras, apareció un extraño en el pueblo: un joven antropólogo llamado Lucas, que había oído hablar de la tradición en sus estudios. Quería ser testigo de lo

que muchos consideraban solo una superstición. Este hombre llegó al pueblo con su cámara y cuaderno en mano, pero lo que más le llamó la atención fue la quietud en los ojos de los habitantes. Nadie parecía emocionado por la fiesta. Más bien, parecía una carga. Las personas no bailaban en la plaza como en otras fiestas, no hablaban sobre el danzón, ni siquiera lo mencionaban.

El ambiente era tenso, como si una fuerza invisible controlara todo. En la tarde del evento, los habitantes del pueblo comenzaron a vestirse con sus trajes tradicionales. Las mujeres se ponían faldas bordadas con flores, los hombres se ataban pañuelos rojos al cuello. Pero lo extraño era que, a medida que la noche caía, cada vez menos personas se quedaban a la fiesta. El ambiente se llenó de un silencio que presagiaba algo oscuro. Lucas, intrigado por todo, decidió quedarse. Cuando la música comenzó a sonar, lo que parecía una simple melodía tradicional se convirtió en un ritmo envolvente, hipnótico, que comenzaba a dibujar sombras en el suelo. Nadie se atrevió a dar el primer paso, pero finalmente una figura emergió de la multitud. Era el anciano del pueblo, Don Vicente, conocido por ser el último en bailar el danzón cada año.

Don Vicente caminó hasta el centro de la plaza, y la música lo envolvió. Con pasos lentos, comenzó a moverse, y con él, comenzaron a moverse las sombras proyectadas por las luces de las lámparas de aceite. Las sombras no eran solo figuras humanas; parecían multiplicarse, estirarse, tomar formas de animales y árboles, de seres extraños, de algo fuera de este mundo. Lucas observó con asombro, pero también con una creciente sensación de inquietud. No era solo una danza. Había algo más, algo antiguo, algo que parecía absorber a los que se adentraban demasiado en ella.

A medida que la danza se intensificaba, Lucas sintió como si la plaza misma comenzara a girar. Las sombras, antes inofensivas, ahora tomaban vida propia. De repente, una de ellas se despegó del suelo y se acercó a él, como si lo invitara a unirse. Pero éste no era del tipo que creía en leyendas. Estaba por dar un paso adelante cuando un fuerte grito lo detuvo. Era el grito de Don Vicente, quien, al darse cuenta de la presencia del antropólogo, se detuvo abruptamente, mirando fijamente al joven.

—¡No te dejes atrapar! —gritó el anciano—. El danzón no perdona a los curiosos.

El grito de Don Vicente reverberó en la plaza vacía, pero la música continuó sonando, como si no se detuviera nunca. La figura de Don Vicente, ya envejecida y temblorosa, se levantó del suelo, incapaz de deshacer el hechizo al que estaba sometido. Sus ojos, llenos de miedo, miraron fijamente a Lucas, como si intentara advertirle sobre algo más grande que él, algo que no podía comprender.

Pero Lucas, el joven antropólogo, no entendía. Solo veía una tradición ancestral que no parecía tener mucho sentido, y su mente se aferraba a la razón, a la ciencia, a lo que era observable. No podía creer que la historia del Danzón de las Sombras fuera algo más que un mito local, una superstición transmitida por generaciones para dar misticismo a la feria. Pensó que Don Vicente estaba siendo dramático, tal vez asustado por su propia edad y la presión de un ritual que se repetía cada año.

En su arrogancia, Lucas decidió adentrarse en la danza, sin entender la advertencia. Dio un paso hacia el centro de la plaza, donde las sombras de los bailarines ya comenzaban a moverse con una gracia sobrenatural. Al principio, todo parecía una coreografía ordenada, como cualquier otro baile tradicional. Pero pronto, las sombras empezaron a distorsionarse, a alargarse, a moverse en direcciones extrañas, como si las luces ya no las controlaran. Unas sombras se despegaban del suelo, otras giraban alrededor del joven, como si lo estuvieran rodeando.

Sintió un frío profundo recorrer su espalda. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo, pero no podía dejar de moverse, como si una fuerza invisible lo impulsara a seguir el ritmo de la música. Fue cuando su sombra comenzó a separarse de él. No era solo un efecto de la luz, como pensó al principio. Su sombra se alargó y tomó forma propia, dibujando una figura que no era la suya. Un par de ojos amarillos, como los de una criatura salvaje, emergieron de la sombra que lo rodeaba. Lucas intentó retroceder, pero no podía mover sus piernas. El danzón lo había atrapado. Las sombras empezaron a envolverlo, no como simples reflejos, sino como entidades que lo rodeaban, lo abrazaban, lo presionaban hasta que su cuerpo perdió todo sentido del espacio y el tiempo.

De repente, Lucas vio lo que antes le había sido invisible: todos los danzantes estaban atrapados en un ciclo infinito de movimiento. Sus sombras no solo los seguían; los guiaban,

los apresaban. Los cuerpos de los bailarines giraban, pero sus sombras se alzaban por encima de ellos, proyectando figuras monstruosas que danzaban con ellos. Nadie se detenía. Nadie salía. El pueblo entero parecía estar bajo el mismo hechizo, danzando sin descanso, olvidando quiénes eran, sin poder escapar. Don Vicente, desde el borde de la plaza, lo observaba con tristeza, incapaz de intervenir. “Te lo advertí”, murmuró para sí. En sus ojos se reflejaba la agonía de años de haber sido uno de los atrapados en ese círculo de sombras.

La música aumentó de volumen y la plaza pareció expandirse, el espacio retorciéndose, como si la realidad misma estuviera siendo consumida por las sombras. Lucas estaba perdiendo la noción de sí mismo. Ya no era un joven curioso. Era solo una sombra más, bailando en el lugar donde el tiempo ya no existía. La música comenzó a desvanecerse, y en su lugar, una profunda quietud se apoderó de la plaza. Lucas, ahora atrapado en el círculo, comenzó a entender lo que había sucedido. No era solo un baile, ni una tradición. El Danzón de las Sombras era un pacto, un ciclo eterno entre los vivos y los muertos, entre los que bailaban y los que se quedaban atrapados en la danza. Las sombras no eran meras proyecciones; eran los recuerdos de aquellos que alguna vez danzaron, que cedieron su alma a la música y al ritmo.

Sintió el peso de su cuerpo, pero también el peso de algo más: una sombra que lo reclamaba, lo absorbía. Intentó gritar, pero no podía. La danza continuaba, y él, como todos los demás, seguía moviéndose sin control, guiado por las sombras. No era solo su cuerpo el que giraba; era su esencia, su ser, que se diluía en el ciclo interminable. En ese momento, Lucas vio a Don Vicente nuevamente. El anciano no bailaba. Estaba de pie, en silencio, observando con una mezcla de resignación y sabiduría. Su mirada se cruzó con la del curioso antropólogo, y en un acto de compasión, hizo un gesto con la mano, como si quisiera ayudarlo a liberarse.

“Escucha”, dijo en voz baja, apenas audible sobre la música. “El ciclo no puede romperse por voluntad propia. Debes aprender a bailar sin miedo. Sin aferrarte. Sólo entonces podrás liberarte.” Lucas, en su desesperación, intentó seguir el consejo. Cerró los ojos y, por un momento, se rindió al ritmo. Dejó de luchar. Al instante, las sombras se disolvieron, y con ellas, la presión sobre su cuerpo. La danza dejó de ser una prisión. Lentamente, las figuras danzantes comenzaron a desvanecerse en la niebla de la madrugada, llevándose consigo los

ecos de una historia que nunca terminó. Cuando Lucas abrió los ojos, ya no estaba en la plaza. El pueblo estaba vacío. Sólo quedaba el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles, y la certeza de que, en algún lugar, la danza continuaba.

## La feria de los colores



Cada año, en el mes de octubre, los habitantes de San Gregorio se reunían para celebrar la “Feria de los Colores”. Un evento que comenzaba con las primeras lluvias del otoño y terminaba con la última flor que caía de los árboles. Pero este año, algo extraño estaba ocurriendo. La feria, que solía estar llena de risas, cantos y risas de niños, estaba envolviendo al pueblo en una atmósfera de misterio.

Marta, una joven pintora del pueblo, había crecido con las historias de su abuela sobre la magia de la feria. Pero ésta no solo era un espacio para los juegos, las atracciones y los puestos de comida, sino también un portal a otro mundo, un lugar donde los colores no eran solo pigmentos, sino fuerzas con vida propia. Se decía que aquellos que tenían el don de ver más allá podían escuchar a los colores susurrando secretos.

Marta siempre había sentido una extraña conexión con los colores. Cuando pintaba, las telas y las pinceladas parecían cobrar vida, casi como si los colores pudieran contarle historias. Pero este año, algo era diferente. Mientras preparaba sus lienzos para la feria, notó que las pinturas parecían desvanecerse en sus manos, como si el color mismo se escapara, deslizándose fuera de su alcance. Decidió que debía ir a la feria, a investigar, como si algo la llamara a buscar respuestas.

Al llegar, Marta sintió una extraña sensación al cruzar la entrada del evento. Las luces de la feria brillaban intensamente, pero los colores de las decoraciones parecían apagados, como si el mundo se hubiera despojado de su vibrante energía. Los puestos de algodón de azúcar, los globos de colores y los caballitos de madera estaban presentes, pero todo se veía deslavado, deslucido, como si una capa de niebla gris lo envolviera todo.

Marta comenzó a caminar entre los puestos, observando con detenimiento. Las caras de los niños y los adultos que paseaban parecían vacías, como si estuvieran en otro lugar, en otro tiempo. Fue entonces cuando vio a una mujer anciana en el rincón del mercado, de pie junto a un puesto de pinturas. La mujer la miró fijamente, y sus ojos brillaron con una intensidad inusual.

—Tú puedes ver, ¿verdad? —dijo la anciana con voz suave, casi como un susurro.

Marta se detuvo, sorprendida. ¿Ver qué? ¿A qué se refería la mujer?

—Los colores han desaparecido, pero aún hay esperanza. Si sabes cómo mirar, los colores regresarán —continuó la anciana—. La feria está atrapada en un hechizo. Los colores, los verdaderos colores, se están yendo, pero puede que haya una forma de traerlos de vuelta.

Marta, intrigada y con un nudo en el estómago, siguió a la mujer hasta un rincón apartado de la feria. Allí, la anciana le mostró una paleta de colores, vieja y desgastada, pero con una luz peculiar. La anciana le explicó que los colores no solo representaban lo visible, sino también lo invisible, lo intangible: los sentimientos, las emociones, la vida misma. Y cuando las personas dejaban de ver, los colores desaparecían.

Con el corazón palpitante, Marta tomó el pincel y empezó a pintar en el aire. No sabía si lo que estaba haciendo tenía sentido, pero sentía que debía hacerlo. Al principio, nada ocurrió. Pero poco a poco, las primeras pinceladas empezaron a brillar débilmente. Luego, con mayor intensidad, los colores volvieron a llenar el espacio, cubriendo los puestos, las luces, la gente. Y a medida que los colores regresaban, los rostros de las personas cobraban vida, se iluminaban con sonrisas, risas y voces llenas de alegría.

La feria comenzó a transformarse. Los colores volvieron a brillar, y la magia que Marta siempre había escuchado en las historias de su abuela se hizo realidad. Pero había algo más. Mientras la gente celebraba, Marta miró a su alrededor y vio algo que nunca antes había notado: los colores no solo decoraban el mundo, sino que daban vida a la historia del pueblo. La feria era un reflejo de la memoria colectiva, de lo que habían vivido y experimentado juntos.

A medida que los colores comenzaban a llenar la feria, algo extraño empezó a suceder. El aire estaba cargado de una energía inusual. Los colores no solo regresaban a los puestos y decoraciones, sino que también parecían cobrar vida propia. Marta pintaba con más fervor, sin entender completamente lo que estaba sucediendo, pero sintiendo que algo grande estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, con cada trazo, los colores tomaban un tinte más oscuro y envolvente. No eran solo colores vibrantes de alegría, sino sombras profundas de lo que ya había sido olvidado.

Las personas comenzaban a bailar y cantar, pero su alegría no era natural. Algo estaba sucediendo bajo la superficie. Marta observó que, a medida que la gente se sumergía en la festividad, sus rostros se desvanecían por momentos, como si el color estuviera absorbiendo sus emociones, su esencia. Los niños corrían por la plaza, pero en sus ojos brillaba una tristeza vacía, como si no pudieran recordar lo que había sucedido en la feria años atrás, como si el verdadero significado del lugar se hubiera perdido. En un rincón alejado, la anciana que había guiado a Marta estaba de pie, mirando hacia el horizonte, su rostro sombrío. Marta se acercó rápidamente, preocupada.

—¿Qué está pasando? —preguntó, desesperada. La feria parecía haber recobrado sus colores, pero una sombra de inquietud se cernía sobre todo.

La anciana suspiró profundamente y le habló con voz quebrada, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Los colores no son solo una parte de la feria, Marta. Son la memoria de nuestro pueblo, de sus ancestros. Cuando los colores desaparecen, se pierden las historias, las emociones. Pero también se pierden las sombras de los recuerdos dolorosos, aquellos momentos que preferimos olvidar. Esta feria no solo celebra la alegría, sino también el dolor. Y al devolver los colores, has traído no solo lo bueno, sino lo oscuro, lo que se había borrado con el tiempo.

Marta sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Había escuchado historias sobre cómo las emociones del pueblo se reflejaban en la feria, pero nunca imaginó que los colores pudieran ser tan poderosos, tan peligrosos. Mientras pensaba en las palabras de la anciana, las luces de la feria comenzaron a parpadear y los colores a mezclarse en un espiral, como si las sombras de los recuerdos reprimidos comenzaran a tomar forma.

De repente, el viento se levantó con fuerza, y las sombras de las personas en la feria comenzaron a alargarse, estirándose de manera antinatural. Los colores vibrantes se transformaron en tonos más oscuros, casi como si las emociones reprimidas se manifestaran de una manera grotesca. Los colores de las telas de los puestos, antes tan brillantes, se volvían grises y apagados a medida que se dispersaban, revelando lo que se ocultaba detrás de la festividad. Marta miró aterrada cómo las sombras se deslizaron hacia la multitud, tocando a las personas. Con cada toque, sus expresiones cambiaban. Algunos se congelaban en un silencio extraño, otros comenzaban a reír sin control, y algunos se retiraban, como si quisieran escapar de algo invisible pero muy real.

La anciana se acercó rápidamente a Marta, con una mirada grave.

—Has abierto una puerta, niña. Los colores son como las emociones de nuestro pueblo, pero también son como las sombras. Las sombras tienen su propio poder, y ahora están entrelazadas con la luz.

Marta sintió el peso de sus palabras. La feria, que había comenzado como un lugar de alegría, se estaba transformando en algo más oscuro y peligroso. Las sombras de los recuerdos

olvidados no podían quedar atrapadas en el color, no podían ser borradas tan fácilmente. Y ahora, el pueblo tendría que enfrentar no solo los colores perdidos, sino también las emociones que habían quedado atrás.

La joven se sentó en el suelo, agitada, con la mente corriendo a mil por hora. Las sombras seguían extendiéndose por la feria, tocando a las personas, deformando sus rostros y alterando sus emociones. Sintió que había desatado algo que no podía controlar, un caos que se alimentaba de los recuerdos olvidados y las emociones reprimidas del pueblo.

La anciana, viendo la angustia de Marta, le puso una mano sobre el hombro.

—La única forma de calmar esto es aceptar tanto la luz como la oscuridad. Los colores son hermosos, sí, pero también llevan consigo las huellas del sufrimiento, la pérdida, la alegría que se ha ido. Tienes que encontrar el equilibrio. Solo entonces los colores regresarán a su lugar.

Marta miró alrededor, viendo las sombras y luces entrelazadas, como una lucha constante. Decidió que debía intentarlo, que la única forma de restaurar el orden era aceptar esa dualidad. Tomó la paleta de colores de la anciana, que parecía brillar con una intensidad peculiar. No era solo una mezcla de colores, sino una representación de la historia del pueblo, de lo bueno y lo malo.

Con la paleta en las manos, Marta cerró los ojos y dejó de luchar. Dejó que las sombras la envolvieran, las aceptó como parte del ciclo, como parte de lo que había sido y lo que aún vivía en el corazón del pueblo. Pintó una línea de luz que emergió de la oscuridad, una mezcla de colores brillantes y sombras profundas, como un reflejo de la vida misma. Poco a poco, las sombras comenzaron a retroceder.

Las luces de la feria se estabilizaron, los colores volvieron a su lugar, pero esta vez más equilibrados, más completos. La gente comenzó a sonreír, pero ya no con una alegría vacía, sino con una comprensión profunda de lo que la feria representaba: la unión de la luz y la oscuridad. Marta miró al pueblo, ahora en paz, y supo que había restaurado el equilibrio, no solo de la feria, sino del alma colectiva de San Gregorio.

## La procesión del solitario



**E**n el pequeño pueblo de San Isidro, la tradición de la procesión del solitario era una de las más antiguas y respetadas. Cada año, en la víspera de la fiesta del santo patrón, los habitantes se reunían para recorrer el camino hasta el santuario de San Isidro, situado en la cima de una colina que dominaba toda la región. La procesión comenzaba al caer el sol, cuando la luz dorada del atardecer se mezclaba con la penumbra de la noche que caía lentamente sobre el pueblo.

Lo que hacía única a esta procesión era su último participante: El Solitario. Era una figura misteriosa, que siempre aparecía al final, caminando solo, sin que nadie supiera quién era o de dónde venía. Se decía que el Solitario había sido elegido por el mismo santo para recibir una misión especial, pero nadie sabía exactamente qué implicaba esa misión. Cada año, el Solitario llegaba al pueblo en silencio, vestido con una capa negra y una máscara que cubría su rostro. Nadie se atrevía a hablar con él, pues parecía estar envuelto en una quietud sagrada que desafiaba las preguntas.

Este año, el Solitario llegó al pueblo con una presencia más palpable que nunca. Julián, un joven del pueblo que había escuchado las historias del Solitario desde niño, decidió que era el momento de descubrir qué se escondía detrás de la figura envuelta en misterio. Durante días, observó desde la distancia, intentando encontrar alguna pista. Los ancianos, aquellos que habían vivido más tiempo en San Isidro, le decían que el Solitario no era un hombre común, sino el representante de algo más grande: un ser espiritual que no se dejaba tocar por las emociones o las dudas terrenales. Nadie en el pueblo había logrado acercarse a él y, por lo tanto, nadie había logrado resolver el enigma de su existencia.

La noche de la procesión llegó. La gente se alineaba en el camino empedrado, llevando velas encendidas y cantando himnos en honor al santo. A medida que avanzaban hacia la colina, las luces de las velas iluminaban sus rostros, creando sombras danzantes en las paredes de las casas cercanas. El aire estaba fresco y limpio, y la procesión marchaba con solemne devoción, pero Julián no podía dejar de pensar en lo que sucedería al final de la ruta.

Finalmente, al llegar al santuario, una calma extraña descendió sobre el grupo. Los primeros en llegar se detuvieron frente a la iglesia, y la multitud aguardó en un silencio expectante. Fue entonces cuando el Solitario apareció, con su capa negra ondeando detrás de él, caminando lentamente hacia el altar del santuario. No hizo ningún gesto, no habló palabra alguna, pero su presencia parecía llenar el espacio. La gente se apartaba de su camino, como si temieran romper la magia que él llevaba consigo.

Julián lo miraba desde su posición, intrigado, con una mezcla de admiración y desconcierto. Algo en su interior le decía que esa noche debía seguir al Solitario, que quizá la respuesta que buscaba se encontraba justo al final de ese silencioso recorrido. Decidió, entonces, caminar detrás de él, sin decir palabra alguna, sin que nadie lo notara.

Julián caminaba detrás del Solitario, sin atreverse a hacer ruido, como si el simple acto de respirar pudiera interrumpir la solemnidad del momento. A medida que ascendían la colina, el viento comenzó a soplar con fuerza, levantando las capas de las túnicas y haciendo que las velas se agitaran, lanzando destellos erráticos de luz. La procesión avanzaba en silencio, todos respetando la figura enigmática del Solitario que se movía con una determinación que desbordaba cualquier intento de comprensión.

El santuario estaba ahora frente a ellos, envuelto en una luz tenue, como si el mismo altar estuviera esperando la llegada de esa figura misteriosa. El Solitario se detuvo frente a la puerta de la iglesia, su cuerpo inmóvil y su rostro oculto tras la máscara, lo que hacía aún más impresionante la quietud de su presencia. Los demás miembros de la procesión también se detuvieron, mirando desde lejos. Nadie se atrevió a acercarse, todos conscientes de que algo extraordinario estaba por suceder.

Julián, incapaz de contener su curiosidad, dio un paso al frente, acercándose al Solitario. Sin embargo, algo lo detuvo: una sensación extraña y fría lo envolvió, como si una fuerza invisible lo empujara hacia atrás. Miró hacia el cielo y, por un momento, vio cómo las estrellas brillaban con más intensidad, como si la misma naturaleza estuviera observando, esperando. El silencio era absoluto, roto únicamente por el crujir de las hojas secas que el viento arrastraba por el camino.

Fue entonces cuando el Solitario, de manera inesperada, se giró lentamente hacia él. Sus ojos, cubiertos por la máscara, parecían atravesar su ser. Julián sintió una presión en el pecho, como si el Solitario pudiera ver dentro de su alma. Sin embargo, no dijo nada. Solo señaló hacia el interior de la iglesia. El joven, sintiendo una mezcla de temor y fascinación, dio un paso adelante, como si una fuerza superior lo empujara. Caminó por el umbral de la iglesia, y al cruzar la puerta, el ambiente cambió por completo. Dentro del santuario, la luz de las velas proyectaba sombras alargadas, y la atmósfera se sentía densa, impregnada de una quietud solemne. El aire estaba cargado de un poder ancestral, y Julián pudo sentir cómo el suelo bajo sus pies parecía vibrar ligeramente. El Solitario lo miró, finalmente rompiendo el silencio.

—Has llegado hasta aquí, pero no podrás entender todo lo que ves —dijo con voz profunda, resonando en las paredes del santuario.

Julián se quedó paralizado, sin palabras, mientras las puertas del santuario se cerraban detrás de él, dejándolo atrapado en un espacio que parecía fuera del tiempo. La procesión ya no se escuchaba. Solo el eco de sus propios pasos y las palabras del Solitario permanecían.

—Este es el umbral entre lo conocido y lo desconocido —continuó el Solitario—. Has buscado respuestas, pero las respuestas no siempre son lo que uno espera.

Julián sintió un nudo en el estómago. Estaba en un lugar que no pertenecía a este mundo, un espacio suspendido entre dos realidades. Quiso preguntar, gritar, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Estaba frente a algo mucho más grande que él, algo que ni siquiera sus más osadas suposiciones podían abarcar. El Solitario dio un paso atrás, y las sombras de la iglesia parecieron cobrar vida, envolviendo a Julián en una oscuridad profunda. La procesión, la misión del Solitario, todo lo que había creído saber, comenzaba a desmoronarse frente a sus ojos.

La oscuridad dentro de la iglesia se volvió casi palpable, como una manta pesada que cubría cada rincón. Julián, paralizado, sintió que el tiempo se había detenido. El Solitario, inmóvil como una estatua, parecía observarlo desde la penumbra, esperando algo de él. Un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando las sombras, que antes se proyectaban inofensivas, empezaron a moverse con vida propia, deslizándose por las paredes y el suelo, como si fueran entidades conscientes.

El Solitario levantó la mano y, en un gesto casi ceremonial, señaló un pequeño altar cubierto de velas apagadas. Julián, impulsado por una fuerza que no comprendía, se acercó. Las velas comenzaron a encenderse solas, una tras otra, iluminando un retrato antiguo de San Isidro, el santo patrón de la ciudad. Sin embargo, algo estaba diferente en esa imagen: los ojos del santo brillaban con una intensidad extraña, casi humana.

—La procesión no es solo un viaje físico, Julián —dijo el Solitario, su voz resonando en la iglesia con un eco que parecía venir de todas partes—. Es un viaje hacia dentro, hacia el alma del pueblo. Tú has venido buscando respuestas, pero las respuestas no son palabras. Son actos.

Julián miró al retrato y, al hacerlo, vio algo que nunca había notado: detrás de la figura de San Isidro, en el fondo, había sombras que se retorcían, como si el santo mismo las estuviera conteniendo. Era una visión aterradora, pero al mismo tiempo, iluminadora. El Solitario dio un paso hacia él, y sus palabras se hicieron claras: “El camino no termina aquí. Este es solo

el inicio.” Julián comprendió que la procesión no era solo una tradición, sino un recordatorio de que la vida, como la fe, está hecha de luz y sombra. El Solitario se desvaneció en la oscuridad, dejando a Julián frente al altar, con el peso de su revelación. Al salir del santuario, el pueblo parecía haber cambiado. La procesión continuaba, pero Julián ya no era el mismo.

## Los tamales de la abuela



**E**n la ranchería de San Sebastián, la tradición de hacer tamales era un arte que se había transmitido de generación en generación. Cada diciembre, durante las fiestas de Navidad, las familias se reunían para preparar los tamales que llenarían de sabor y alegría las mesas de todo el pueblo. Sin embargo, había una familia en particular cuya receta se había hecho famosa: los tamales de la abuela Lupe.

La abuela Lupe no era solo conocida por su habilidad en la cocina, sino también por sus historias. Siempre que alguien se acercaba a su casa, encontraba una excusa para contar alguna leyenda del pasado, algún secreto del pueblo o, incluso, algún detalle que pocos sabían sobre las raíces de las tradiciones. Sus tamales eran únicos, no solo por los ingredientes, sino por la energía que ella misma les imprimía al hacerlos. Todos los habitantes decían que si uno comía sus tamales, nunca olvidaba el sabor, pero también nunca olvidaba las historias que la abuela les contaba.

Este año, sin embargo, algo se sentía diferente. María, la nieta de la abuela Lupe, estaba ayudando en la cocina, como lo hacía desde pequeña, pero en su corazón había un sentimiento

de inquietud. La abuela, aunque seguía siendo la misma mujer amable y generosa, había comenzado a olvidar detalles. Ya no recordaba cuántas hojas de maíz se necesitaban, ni el tiempo exacto para cocer los tamales. La niña había notado que su abuela ya no tenía la misma chispa de antaño, y eso la preocupaba.

El día de la preparación llegó, y como siempre, el pueblo se congregó alrededor de la casa de la abuela Lupe. El aroma de la masa, el chile y las carnes se esparcía por toda la calle. La gente venía de todos los rincones para probar sus tamales. Sin embargo, la atmósfera estaba algo más silenciosa que en otras ocasiones, como si el tiempo mismo estuviera suspendido en el aire. María observaba cómo su abuela, a pesar de sus esfuerzos, no lograba seguir el ritmo de otras navidades. Cuando empezó a contar una historia sobre los primeros tamales que hizo en su juventud, la nieta interrumpió con delicadeza, preguntándole si necesitaba descansar. La abuela sonrió, pero con una expresión triste en su rostro.

—No puedo dejar que la tradición se pierda, mi niña —dijo, mientras envolvía con cuidado otro tamal—. Estos tamales han unido a generaciones, y quiero que siempre recuerdes el sabor de mi cocina, pero también el sabor de nuestras historias.

María la miró con ternura, comprendiendo que el legado no solo estaba en los ingredientes, sino en el vínculo que se tejía entre los sabores y las narraciones. Y así, decidieron continuar la tradición, compartiendo los tamales con todos en el pueblo, mientras la abuela contaba una última historia sobre el origen de la receta, que había sido transmitida por su madre, quien a su vez la había recibido de su abuela.

Mientras la noche caía sobre San Sebastián, las luces de las casas brillaban como estrellas. Los tamales de la abuela Lupe, llenos de historia, continuaron siendo parte de la celebración, pero esta vez, con un sabor a despedida y a esperanza. María sabía que, aunque la abuela ya no estaba para enseñar más recetas, el legado viviría en cada bocado, en cada recuerdo y, por supuesto, en cada historia contada alrededor de la mesa.

La tarde se oscurecía, y la cocina de la abuela Lupe estaba llena de risas, voces y el bullicio de los vecinos que llegaban para ayudar a envolver los tamales. Sin embargo, a pesar de la animada atmósfera, María no podía quitarse de la cabeza la preocupación que había

comenzado a crecer en su pecho. Cada vez que miraba a su abuela, notaba algo diferente: su andar era más lento, sus manos ya no eran tan firmes al envolver las hojas de maíz, y a menudo se perdía en sus pensamientos, como si el mundo a su alrededor fuera demasiado grande y lejano.

La abuela Lupe, aunque todavía hablaba con la misma calidez y sabiduría, a veces comenzaba una historia y no lograba terminarla. Hoy, al contar la anécdota sobre cómo había aprendido a hacer tamales con su madre, se quedó en silencio en medio de la narración. María se acercó, y con suavidad la tocó en el hombro.

—Abuela, ¿quieres descansar un rato? —preguntó, preocupada.

La abuela Lupe sonrió, pero algo en su expresión se quebró por un instante.

—No, hija. No puedo descansar. Estos tamales... esta tradición... tengo que terminarla, tengo que pasártela a ti —dijo, con una mirada que reflejaba una mezcla de nostalgia y pesar—. No quiero que se pierda. No quiero que olvides.

María sentía un nudo en la garganta. Sabía que algo no estaba bien, pero no sabía qué hacer para aliviar la carga que su abuela llevaba sobre sus hombros. A pesar de las risas y los cantos que se oían fuera de la cocina, el ambiente dentro se volvía más denso, casi opresivo. Los recuerdos de su abuela, las historias sobre los tamales, todo lo que representaba esa receta, parecía estar desmoronándose frente a ella. Y lo peor de todo era que, aunque Marta deseaba ayudar, no sabía cómo.

Mientras la abuela seguía envolviendo tamales de forma mecánica, María observó cómo las manos de su abuela temblaban ligeramente. El dolor de ver a la mujer que siempre había sido el pilar de la familia, ahora tan vulnerable, la atravesó como un rayo. La abuela Lupe nunca había permitido que el tiempo la venciera, pero ahora parecía que el reloj finalmente la alcanzaba. La niña, intentando ocultar sus emociones, continuó ayudando, pero su mente seguía en su abuela.

En ese momento, el sonido de la campana de la iglesia anunció que la misa había comenzado. La gente del pueblo comenzó a dejar la cocina y a dirigirse al templo para participar en la

celebración de la Navidad. Sin embargo, María decidió quedarse un momento más con su abuela. No quería perderse el tiempo, no quería que ese momento tan especial pasara sin hacer algo significativo. Sabía que su abuela ya no podría contar esas historias por mucho más tiempo.

—Abuela, ¿por qué no me enseñas a hacerlos, de verdad? —preguntó María con un suspiro, casi sin darse cuenta de que ya no era solo una cuestión de aprender la receta, sino de recibir el legado de su abuela, algo que tal vez ya no podría aprender de otra manera.

La abuela la miró a los ojos y, por primera vez, pareció ver más allá de las manos temblorosas y los recuerdos. La respuesta estaba en el aire, lista para ser dicha, pero lo que María no sabía era que no solo estaba aprendiendo a hacer tamales, sino a llevar consigo la historia de su familia, a preservarla a través del sabor y la memoria.

La noche llegó con una calma especial. El sonido de las risas y las voces se había desvanecido mientras los vecinos regresaban a sus casas, satisfechos por el festín de tamales. Pero en la casa de la abuela Lupe, el aire seguía impregnado de un aroma cálido y envolvente. María y su abuela habían terminado de envolver los últimos tamales, y, aunque la cocina estaba ordenada, algo permanecía en el ambiente: una sensación de cierre, de ciclo completado.

La abuela Lupe se sentó en la mecedora, mirando la ventana donde la luz de la luna iluminaba el patio. Su nieta, a su lado, se quedó en silencio, observando cómo su abuela parecía descansar, pero en sus ojos brillaba una paz que hacía tiempo no había visto. Las manos de la abuela, aunque cansadas, ahora parecían más tranquilas. Habían hecho los últimos tamales juntas, y el legado, más allá de la receta, estaba ahora en las manos de la niña.

—¿Sabes, miya? —dijo la abuela, rompiendo el silencio—. He estado temerosa de que todo esto se perdiera... pero hoy, al ver cómo lo hicimos juntas, sé que se queda contigo. La tradición no se olvida, se vive. Y aunque el tiempo pase, el sabor de estos tamales será siempre el de la historia que compartimos.

María asintió, sintiendo cómo el nudo en su pecho se disolvía. En ese momento, entendió lo que la abuela quería decir: los tamales no solo eran comida. Eran recuerdos, eran historias,

eran la esencia de lo que los había unido como familia. La receta, los ingredientes, la manera de hacerlos no importaban tanto como el amor y las memorias que se transmitían a través de cada bocado. Esa noche, mientras la abuela descansaba, María decidió hacer un último gesto. Tomó un tamal, lo desenvolvió con cuidado y lo partió. Cada trozo era una promesa: seguiría haciendo los tamales, contando las historias, y transmitiendo, generación tras generación, todo lo que la abuela le había dado.

## La campana que canta sola



**E**n el pequeño pueblo de Santa Teresa, donde las montañas tocaban el cielo y los campos de maíz se extendían hasta donde la vista alcanzaba, había una iglesia antigua con una campana que nadie había oído sonar en años. La iglesia, de piedra y techados de teja roja, parecía contener secretos de tiempos lejanos, y la campana, en su torre de campanario, siempre permanecía en silencio, exceptuando el viento que la mecía suavemente de vez en cuando. Los vecinos hablaban de ella en susurros, pues decían que había algo extraño en esa campana.

Rosa, una joven que había crecido en el pueblo, siempre había sentido una fascinación inexplicable por la iglesia y su campana. Desde niña, se había acercado a ella, observando cómo, al caer la tarde, el sol bañaba las piedras de la iglesia con un resplandor dorado. A menudo, le preguntaba a su abuela sobre la campana, pero siempre obtenía la misma respuesta: “La campana canta cuando la tierra lo necesita. Pero no todos pueden escuchar su voz”.

Un día, mientras paseaba por los alrededores de la iglesia, Rosa escuchó un sonido suave y distante. Pensó que era el viento, pero al acercarse más, la melodía se hizo más clara. Era la campana. Sin embargo, no estaba sonando como cualquier campana común; su canto era una melodía, como si estuviera tocando una canción antigua, una que nadie conocía. Rosa se quedó allí, inmóvil, con el corazón acelerado. Nunca antes había escuchado algo tan hermoso, tan lleno de misterio.

Decidió subir al campanario para investigar, y con paso firme, comenzó a ascender por la escalera de madera que crujía bajo sus pies. Cada peldaño parecía resonar en su pecho, mientras el canto de la campana se volvía más claro. Al llegar a la cima, encontró algo que jamás hubiera imaginado: la campana estaba flotando, suspendida en el aire, sin ninguna cuerda que la sujetara. Su brillo plateado era tan intenso que iluminaba la oscuridad del campanario.

—¿Por qué cantas? —preguntó Rosa, con la voz temblorosa.

Para su sorpresa, la campana dejó de sonar y, por primera vez en su vida, Rosa escuchó una voz. Era suave, como el susurro de una madre que consuela a su hijo.

—Canto porque la tierra clama por ayuda, porque el pueblo está en peligro —respondió la campana, su voz llena de tristeza y urgencia.

Rosa, atónita, no podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo era posible que una campana hablara? ¿Y cómo podía saber que su pueblo estaba en peligro?

—El tiempo se está acabando, Rosa. Las cosechas están perdiendo su fuerza, los ríos se están secando y las montañas empiezan a callar. Necesito que tú escuches mi canto y lleves el mensaje al pueblo.

Rosa sintió una presión en su pecho, una necesidad urgente de actuar. La campana continuó:

—Mi canto solo se escucha cuando el corazón del pueblo está dispuesto a escuchar, pero muchos han dejado de escuchar la tierra. Haz que el pueblo vuelva a escuchar, que recen por ella, que restauren el equilibrio perdido.

Con el corazón lleno de propósito, Rosa descendió del campanario y corrió hacia la plaza del pueblo, llevando consigo el mensaje de la campana. Sabía que algo profundo debía cambiar, y solo si el pueblo se unía y comenzaba a cuidar la tierra con amor y respeto, podrían salvar su hogar. El eco de la melodía de la campana aún resonando en su mente. Su corazón latía con fuerza, y su respiración era agitada, pero una sensación de urgencia la impulsaba a seguir adelante.

El pueblo parecía estar inmóvil, como si nada hubiera cambiado, como si el tiempo se hubiera detenido. Los agricultores, en sus campos, trabajaban con esfuerzo, pero sus rostros mostraban la misma preocupación que siempre. Las cosechas se habían vuelto más escasas, el agua de los ríos cada vez más turbia, y la vida parecía haber dejado de latir con fuerza en el lugar. Rosa sabía que debía hacer algo. Necesitaba hablar con los habitantes, contarles lo que había escuchado, lo que la campana había dicho. Corrió hasta la casa de su abuela, la persona más sabia que conocía, para pedir consejo.

—Abuela, ¡la campana! —exclamó mientras entraba apresuradamente en la casa—. La campana del campanario, ¡está cantando! Y no es como antes. ¡Es una canción! Dice que el pueblo está en peligro, que la tierra está pidiendo ayuda.

La abuela la miró con una expresión de sorpresa, pero también de comprensión, como si ya supiera lo que Rosa había experimentado. Tomó la mano de su nieta con suavidad.

—Rosa, la campana canta solo cuando hay un gran desequilibrio, cuando el pueblo olvida la conexión con la tierra. La voz de la campana es la voz de nuestros ancestros, la voz de la naturaleza misma. El mensaje es claro: hemos olvidado lo más importante.

Rosa sintió que el peso de las palabras de su abuela caía sobre ella como una carga. ¿Qué significaba realmente ese mensaje? ¿Cómo podría el pueblo escuchar la llamada de la tierra y cambiar lo que ya parecía irreversible? Los ojos de su abuela brillaron con sabiduría, y continuó:

—La tierra nos da todo lo que necesitamos: los frutos, el agua, el aire que respiramos. Pero hemos sido ciegos. Hemos explotado los recursos, no hemos cuidado de nuestros ríos ni de

nuestras montañas. Y ahora la campana nos avisa de que la tierra está cansada, que el ciclo que hemos roto está exigiendo un regreso al equilibrio.

Rosa, angustiada, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro. ¿Cómo podría hacer entender a todos los habitantes del pueblo que algo tan grande estaba en juego? ¿Cómo podía despertar en ellos la conciencia de que la tierra necesitaba su ayuda, que la vida misma de su hogar estaba en peligro? Los aldeanos siempre habían sido sencillos y humildes, pero no parecían dispuestos a escuchar a alguien tan joven como ella. ¿Y si la campana solo había hablado a ella por accidente? ¿Y si, simplemente, todo era una fantasía?

Detrás de la duda, la abuela le dio una última mirada profunda.

—Rosa, el cambio no empieza con palabras, empieza con acciones. Si quieres que el pueblo escuche el llamado de la tierra, tú primero debes escucharlo. Y luego, ellos te seguirán. La campana te ha elegido a ti, porque dentro de ti hay la fuerza que necesita este pueblo.

Rosa cerró los ojos, sintiendo en su interior la misma vibración que había sentido cuando escuchó el canto de la campana. Sabía que no podía esperar más. Debía actuar. Pero, ¿cómo? ¿Cómo comenzaría a hacerle entender a la gente lo que la tierra necesitaba?

Rosa no perdió tiempo. Al amanecer, se levantó con determinación y corrió hacia la plaza del pueblo. No podía esperar más. Decidió que no importaba si los demás creían en lo que ella había escuchado o no, ella iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para cambiar las cosas.

Al llegar, reunió a los vecinos en torno a la fuente, en el centro de la plaza. Algunos se miraron con desconfianza, otros con curiosidad, pero todos prestaron atención cuando ella comenzó a hablar. Rosa les contó lo que había experimentado en el campanario, les narró sobre el canto de la campana y el mensaje de la tierra. Les habló de las cosechas que ya no florecían, del agua que se agotaba y del clima que se volvía cada vez más impredecible. Les pidió que escucharan, que sintieran el llamado que ella había recibido, el llamado de la naturaleza. Al principio, hubo silencio. Nadie parecía estar dispuesto a aceptar lo que Rosa decía. Pero luego, una anciana, conocida por todos como doña Teresa, comenzó a hablar.

—Yo también he oído ese canto, niña —dijo, con voz grave—. Es cierto. La campana canta cuando la tierra nos necesita. Hemos ignorado sus signos demasiado tiempo.

Poco a poco, más y más personas se unieron a la conversación. La campana, que había estado callada durante tanto tiempo, había despertado algo en ellos. Decidieron que no podían seguir viviendo como si nada estuviera pasando. En ese momento, acordaron trabajar juntos para restaurar el equilibrio perdido: limpiar los ríos, sembrar más árboles, cuidar las tierras con respeto y dedicar más tiempo a la oración por la salud de la tierra.

Rosa vio con alivio cómo el pueblo se unía en una sola causa. Sabía que el camino sería largo, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que el pueblo y la tierra podrían sanar juntos. La campana, desde su campanario, volvió a cantar, pero esta vez, su canto no era de advertencia, sino de esperanza.

## El santo sin nombre



La tarde caía sobre el pueblo de San Andrés, y los ecos de la campana de la iglesia se perdían entre las colinas de un horizonte que nunca parecía ceder a la oscuridad. El viento, que era un constante visitante de los rincones polvorientos del pueblo, llevaba consigo historias que solo los viejos sabían contar. Allí, en la pequeña plaza, un grupo de niños jugaba al escondite, mientras los adultos se reunían alrededor de la fuente a discutir la cosecha que, año tras año, parecía menguar en lugar de prosperar. Pero esa tarde, algo distinto había ocurrido. Una figura, que no pertenecía a la cotidianidad de ese rincón olvidado por el tiempo, se había acercado al pueblo.

Un hombre de rostro cubierto por una capa raída, de los ojos oscuros como la noche, caminaba sin prisas, como quien tiene todo el tiempo del mundo. En sus manos, traía una estatua que, por alguna razón, parecía más vieja que la misma iglesia. La figura, aunque pequeña, emanaba una presencia que no pasaba desapercibida. Nadie en el pueblo podía ver el rostro del hombre, pero todos sentían que algo en él estaba profundamente vinculado con

los susurros de antaño. Doña Jacinta, la más anciana de las mujeres del pueblo, fue la primera en verlo. Desde su ventana, donde siempre se asomaba a vigilar el mundo que ya no entendía del todo, notó cómo el extraño se acercaba, y su corazón comenzó a latir con fuerza. Lejos de la curiosidad que la animaba en otros tiempos, un estremecimiento la recorrió, como si en algún rincón del alma hubiera algo oscuro, algo que no debía ser tocado.

El hombre avanzó hasta la iglesia y, sin decir palabra, colocó la figura sobre el altar. La estatua representaba a un santo, aunque su rostro estaba borrado, como si el tiempo hubiera decidido borrar su nombre de la historia. El hombre se retiró sin mirar atrás, y su figura desapareció en las sombras. Esa noche, los feligreses se congregaron en la iglesia para ver la nueva figura que, sin previo aviso, había llegado. Al principio, algunos murmuraron sobre la extrañeza del santo sin nombre, preguntándose quién era, por qué su rostro estaba desfigurado. Otros, menos inclinados a la superstición, pensaron que era una simple estatua vieja, olvidada por el paso de los siglos.

Pero algo sucedió durante la misa. Al iniciar la oración, la luz de las velas pareció temblar, y un silencio profundo se apoderó de la iglesia. El santo, sin rostro, comenzó a irradiar una luz tenue, casi imperceptible, como si desde su cuerpo de madera emanara una fuerza que nadie podía comprender. Los ojos de los feligreses se fijaron en él, y un escalofrío recorrió la espalda de todos los presentes. Nadie dijo nada, pero todos sintieron que algo se había desbordado en ese pequeño pueblo, algo que jamás podría ser olvidado.

El santo, sin nombre ni rostro, había llegado para quedarse. Pero su misión, su verdadera naturaleza, aún permanecía oculta, aguardando el momento adecuado para revelarse a aquellos dispuestos a mirar más allá de lo visible. Con el paso de los días, la presencia del santo sin nombre fue transformando el ánimo de San Andrés. Aquel ser extraño, cuya figura no mostraba ni el rostro ni la identidad, había dejado una huella en el pueblo. Cada vez que alguien se acercaba al altar, sentía una inquietud indescriptible, como si la estatua no solo fuera de madera y pintura, sino de algo mucho más antiguo, algo que pertenecía a tiempos olvidados.

Al principio, los habitantes se limitaban a observar la figura con desconcierto, algunos aún en silencio, otros murmurando sobre lo extraño de su llegada. Nadie sabía nada sobre su origen ni sobre el misterioso hombre que la había colocado. Sin embargo, el santo parecía moverse, de alguna manera invisible, dentro de los corazones de los habitantes. Los más escépticos decían que todo era producto de la superstición, que el pueblo había comenzado a ver lo que no existía. Pero no podían negar que algo había cambiado.

Un viernes, cuando el sol comenzaba a ceder a las sombras de la tarde, el pueblo se vio sacudido por una noticia inusitada: las cosechas, que parecían condenadas a la escasez, florecieron de una manera jamás vista. Los campos, antes reseco y desolados, estallaron en un verde vibrante, y los árboles, que antes apenas daban frutos, se cargaron de vida. La tierra, que había dejado de responder al trabajo de los campesinos, comenzó a ofrecer generosamente lo que siempre había prometido.

Sin embargo, con la abundancia también llegaron las inquietudes. El padre Benito, quien siempre había sido un hombre de fe profunda pero también de estricta lógica, comenzó a sentirse incómodo. ¿Cómo podía una estatua, un santo sin nombre, ser la causa de la transformación milagrosa que se había desatado? La duda lo carcomía, y decidió que debía investigar. Un día, en la quietud de la iglesia, cuando ya nadie quedaba en los bancos, el padre Benito se acercó al altar. La figura del santo lo miraba con sus ojos vacíos, como si esperara una respuesta. Él, movido por la desesperación, comenzó a rezar.

Al principio sus palabras fueron de oración, pero rápidamente su mente se llenó de preguntas. ¿Por qué ese santo no tenía rostro? ¿Qué significaba su silencio? El padre Benito no podía entender cómo algo tan desconcertante podía estar trayendo tanta prosperidad, sin explicación alguna. En ese momento, el aire dentro de la iglesia pareció volverse denso. La luz de las velas tembló, y un susurro se coló en sus oídos, tan bajo que parecía surgir desde el mismo fondo de su alma. No era una voz humana, sino una vibración, como si la madera de la estatua hablara a través de su vacío. Benito, aterrorizado, retrocedió.

La voz, aunque muda, parecía resonar dentro de su cabeza: *“Los hombres han olvidado el rostro de lo sagrado. Los nombres no importan cuando la esencia permanece. El pueblo deberá recordar que la tierra y el alma son uno. El nombre no se da, se vive.”*

Con la mente llena de dudas, el padre Benito salió de la iglesia, pero algo dentro de él había cambiado. La revelación le había llegado, pero las respuestas seguían siendo vagas. El pueblo, como siempre, se había entregado a su trabajo, pero una nueva tensión comenzaba a elevarse en el aire. ¿Estaba el santo sin nombre protegiendo a San Andrés, o estaba exigiendo algo que los habitantes aún no entendían? Algo profundo, algo que no podía ser ignorado.

Las semanas siguieron su curso, y el pueblo de San Andrés, que había sido bendecido con abundancia, comenzó a perder la paz que tanto anhelaba. Aunque las cosechas florecían y la vida parecía renovada, un aire de inquietud se respiraba entre los habitantes. Nadie se atrevía a hablar abiertamente sobre el santo sin nombre, pero todos lo sentían, todos lo sabían. La iglesia había dejado de ser solo un lugar de oración, ahora era el centro de algo mucho más grande, algo ineludible.

El padre Benito no pudo más con su angustia. La voz que había escuchado dentro de la iglesia lo atormentaba. Ya no podía ignorarla, ya no podía seguir adelante con su vida de fe tranquila y lógica. Decidió actuar, pero no como un hombre de iglesia, sino como un hombre que había sido tocado por algo inexplicable. En la noche del tercer día, cuando la luna apenas se asomaba por encima de las montañas, el padre Benito regresó al altar de la iglesia, decidido a enfrentar lo que sea que habitaba allí.

La figura del santo seguía inmóvil, su rostro borrado, su cuerpo de madera vieja resplandeciendo débilmente bajo la luz de las velas. Benito, con la mirada fija en la figura, comenzó a rezar de nuevo, esta vez con una fuerza que nunca había sentido antes. Cada palabra parecía salir de su garganta con un peso nuevo, una urgencia que lo consumía. Y entonces, en un susurro profundo que llenó la iglesia, la figura de la estatua comenzó a cambiar. El aire se cargó de una vibración que parecía resonar en las paredes de la iglesia, como si el santo estuviera despertando de un largo sueño. Benito, paralizado, observó cómo las líneas de la figura se suavizaban, y lentamente, el rostro, antes vacío, comenzó a formarse.

Primero fue una sombra, luego una figura vagamente humana, y al final, el rostro apareció por completo: un hombre joven, con ojos profundamente sabios, pero serenos. El padre Benito se arrodilló ante la figura. La estatua había cobrado vida, pero no de la manera en que él había esperado. No era un santo que viniera a otorgar bendiciones; era un recordatorio, un reflejo de lo que el pueblo había perdido. El santo sin nombre no tenía un nombre porque, como le había revelado la voz, el nombre no importaba. Lo importante era la esencia, la conexión perdida entre la tierra, la fe y los seres humanos.

En ese instante, Benito comprendió que el milagro no era la cosecha abundante ni los frutos de la tierra, sino la oportunidad de reconciliarse con lo sagrado, con lo que había sido olvidado en el ruido de las preocupaciones cotidianas. El pueblo, en su prisa por sobrevivir, había olvidado rendir culto al verdadero espíritu de la tierra, de la vida misma. La figura del santo, sin nombre, venía a recordarles que la esencia del ser no se encontraba en el oro ni en las riquezas materiales, sino en la fe pura y en el respeto mutuo.

El padre Benito salió de la iglesia con una nueva misión. No solo debía enseñar a su pueblo a vivir con humildad, sino también a redescubrir el rostro de lo divino en cada acción, en cada gesto. No había santo ni nombre que los salvara si no aprendían a ver la santidad en lo cotidiano. El pueblo de San Andrés cambiaría, pero no por un milagro, sino por la toma de conciencia que había sido sembrada en sus corazones. Y así, el santo sin nombre continuó su silencio, siendo la esencia misma de lo que todos necesitaban entender.

## La feria de las ánimas



La niebla cubría las montañas de San Pedro del Río como un manto pesado, y los ecos de la campana, a lo lejos, parecían resonar con un lamento. La feria de las ánimas había llegado una vez más, como llegaba cada año, trayendo consigo un aire de misterio y de algo que no se podía nombrar. La gente del pueblo esperaba con ansias el evento, no porque la feria estuviera llena de luces y colores, sino porque era un rito, un recordatorio de los muertos que nunca se iban del todo, y de los vivos que, al igual que las sombras, nunca podían escapar del peso de su memoria.

El viento, que era siempre frío y extraño en esos días, soplaba con fuerza, arrastrando consigo las risas y los murmullos de las calles. Los puestos de la feria estaban dispuestos de manera desordenada, como si los vendedores no hubieran tenido tiempo de organizarse. Los niños corrían entre los árboles del parque, donde se colgaban banderines de colores desvaídos, y las luces de las velas, que parpadeaban por todas partes, daban la impresión de que las sombras mismas comenzaban a moverse.

Ramiro, el joven que siempre había sentido una conexión especial con lo sobrenatural, se encontraba en medio de la plaza, observando el ir y venir de las personas, pero sobre todo, observando las figuras que se deslizaban entre la multitud. No eran del todo humanas, pero tampoco eran espectros. Eran algo intermedio, algo que había estado siempre en el pueblo, pero que solo se hacía visible cuando la feria de las ánimas llegaba.

Ramiro había escuchado historias desde niño, relatos de aquellos que decían haber visto a las ánimas paseando entre los vivos, intercambiando sus palabras en susurros apenas perceptibles. La feria no solo era un espacio para comprar y vender, para comer y bailar. Era el umbral entre dos mundos, donde lo terreno y lo celestial, lo finito y lo eterno, se tocaban y se confundían. Esa tarde, mientras la feria se llenaba de vida y de gritos, el joven sintió una presencia a su lado. Miró de reojo, y vio una figura alta, vestida con una capa negra, que caminaba lentamente, como si no tuviera prisa por llegar a ningún lugar.

No era un extraño, era una presencia que se le hacía familiar, algo que había visto en sus sueños. La figura no dijo nada, pero Ramiro sintió el peso de su mirada. Era como si esa presencia lo estuviera esperando, como si conociera algo que él aún no comprendía. Sin decir una palabra, siguió a la figura entre los puestos y las sombras de la feria. La gente lo observaba, pero nadie hacía un solo gesto. La figura avanzó hasta el centro del parque, donde una rueda de la fortuna giraba lentamente, iluminada por las velas. La presencia se detuvo frente a una vieja estatua de piedra que había estado allí desde tiempos remotos. Era la imagen de una mujer, con los ojos cerrados, y las manos extendidas hacia el cielo.

En ese momento, comprendió que la feria no solo celebraba a los muertos, sino que también les ofrecía un lugar para regresar, para recordar que su vida no había sido en vano. La estatua de la mujer no era más que un símbolo, un recordatorio de que el paso de los años no borra las memorias de los que se han ido. La feria, en su esencia, era un espacio donde los vivos y los muertos coexistían, donde las almas encontraban su descanso, y donde los vivos podían hacer honor a lo que había sido.

La rueda de la fortuna seguía girando lentamente, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en su rotación. Las luces parpadeaban con una intensidad más débil, como si la feria estuviera perdiendo fuerza, o tal vez, como si se estuviera desvaneciendo ante los ojos de los

mortales. La figura de capa negra seguía de pie frente a la estatua de piedra, la mujer de ojos cerrados, mientras Ramiro no podía apartar la mirada. Algo en su interior le decía que no debía alejarse, que algo más profundo estaba ocurriendo, algo que no podía comprender del todo.

El viento se levantó de nuevo, arrastrando consigo un susurro que parecía salir de las mismas entrañas de la tierra. Las voces de los vivos, las risas de los niños y el bullicio de los vendedores comenzaron a mezclarse con algo más, algo que Ramiro no podía identificar, pero que lo invadía por completo. La atmósfera de la feria había cambiado: ya no era un espacio alegre de celebración, sino un lugar donde las fronteras entre los mundos se volvían cada vez más difusas.

El muchacho dio un paso hacia la figura, pero esta comenzó a alejarse, deslizándose por la multitud sin que nadie la tocara, sin que nadie la viera. Era como si se desvaneciera con cada paso que daba. Sin embargo, a pesar de la distancia que creaba, él sentía que seguía siendo guiado por ella, como si estuviera atado a una cuerda invisible que lo arrastraba hacia un destino que no entendía. Decidió seguirla.

La figura lo condujo hasta el rincón más oscuro del parque, donde el ruido de la feria se desvaneció por completo. Allí, una pequeña choza de madera, cubierta de musgo y flores marchitas, se alzaba en medio de la oscuridad. Ramiro no sabía qué lo había llevado hasta allí, pero algo dentro de él le decía que debía entrar. Era como si el destino lo estuviera llamando, como si todas las piezas de un rompecabezas antiguo se estuvieran encajando finalmente en su lugar.

Al entrar, la choza estaba vacía, salvo por una mesa en el centro, cubierta con un paño negro. Sobre la mesa, había un pequeño cuaderno de cuero, cuya apariencia era tan vieja como la misma feria. La figura de capa negra se detuvo frente a la mesa y, sin decir una palabra, levantó el cuaderno. Se acercó con cautela, como si temiera que algo terrible fuera a suceder. Con un solo movimiento, la figura abrió el cuaderno. Las páginas crujieron con el sonido de lo antiguo, y a medida que pasaban, Ramiro comenzó a ver nombres, muchos nombres. Algunos eran familiares, otros completamente desconocidos. Pero lo que realmente lo

sorprendió fue que su propio nombre estaba allí, escrito con tinta roja, en una página en blanco que parecía brillar en la oscuridad.

Ramiro no pudo evitar preguntar: “¿*Qué significa esto?*”

La figura lo miró por un momento, y aunque su rostro seguía oculto, Ramiro pudo sentir que estaba siendo observado profundamente. Fue entonces cuando la voz, la misma voz que había escuchado en el aire, lo invadió de nuevo, esta vez más fuerte, más clara: “*Este es el lugar donde los vivos se encuentran con lo que han perdido. No todos los muertos permanecen en la memoria, y no todos los vivos saben cuándo deben irse. Pero tú, Ramiro, estás aquí porque aún no sabes a qué lado perteneces.*”

El aire se llenó de un frío mortal, y Ramiro entendió que la feria no era solo un lugar de encuentro, sino también un juicio, un punto de transición. La figura desapareció entonces, y el cuaderno quedó frente a él, como una invitación a enfrentar algo que ni siquiera sabía que existía. Un paso más y comprendería su destino, un paso más y podría cruzar la delgada línea entre los mundos.

El cuaderno de cuero estaba tibio al tacto, como si hubiera estado esperando por mucho tiempo. Ramiro lo sostuvo entre sus manos, con los dedos temblando. El silencio de la choza se hizo absoluto, incluso el viento que afuera parecía levantar polvo, dejó de moverse. La sensación de estar suspendido en el aire era inconfundible. Un peso, como el de una vida entera, caía sobre sus hombros.

Aún sin saber por qué, abrió el cuaderno y leyó la primera página. Los nombres continuaban apareciendo, escritos con una tinta que se desvanecía y reaparecía con cada palabra que Ramiro leía. Sin embargo, cuando sus ojos llegaron a la última página, el cuaderno se detuvo. Allí, con letras grandes y claras, estaba el nombre de un pueblo: *San Pedro del Río*. Debajo, en letras más pequeñas, una fecha, marcada como un destino: *La feria de las ánimas, la última noche*.

El corazón de Ramiro dio un vuelco. Esa fecha era la noche presente, la misma que vivía en ese instante. Era la última noche. Algo dentro de él se rompió. No era solo un recordatorio

de que la feria de las ánimas llegaba con cada año, sino un recordatorio de que todos los seres, en algún momento, deben cruzar al otro lado. Ese cuaderno no solo contenía los nombres de los muertos, sino los de los que aún vivían, los de los que estaban por irse. Y su nombre estaba allí, junto a todos los demás.

Un sonido, suave como un susurro, se levantó del fondo de la choza. Ramiro levantó la mirada, y en el rincón, la figura de capa negra volvió a aparecer. Esta vez, sin moverse, parecía ser una parte de la misma sombra que envolvía la choza. La presencia lo miró sin palabras, y entendió, por fin, que no había escapatoria. La figura no era un ser externo a él, no era un juez ni un ángel, sino una manifestación de todo lo que él había vivido, de lo que había temido y de lo que, al fin, debía aceptar.

Ramiro cerró el cuaderno con un gesto lento, como si pudiera evitar lo que sabía que debía suceder. Pero en su corazón ya no había más dudas. La feria de las ánimas no solo era un espacio donde se celebraba la memoria de los muertos, sino también una celebración de los vivos, de aquellos que, al enfrentarse a su propia finitud, podían finalmente ver el mundo con ojos más claros.

La figura de capa negra dio un paso hacia él, y esta vez, Ramiro no retrocedió. En su interior, la sensación de paz que había buscado durante tanto tiempo comenzó a llenar su ser. Ya no temía lo que vendría, ni la oscuridad que acompañaba al misterio de la muerte. La figura extendió una mano, no como una invitación para seguir un camino, sino como una señal de aceptación.

“Es tiempo”, dijo la figura, y Ramiro, sin dudarlo, asintió.

El cuaderno desapareció en un destello de luz, y la choza se desvaneció, dejándolos solos en medio de la feria. El aire ahora estaba tranquilo, y las luces de las velas brillaban más que nunca. Ramiro, ya no como el joven que había llegado con tantas dudas, sino como un hombre que comprendió su lugar en la vida y en la muerte, dio el paso hacia la rueda de la fortuna, donde las ánimas y los vivos se encontraban por última vez. La feria había llegado a su fin. La última noche había llegado para él también.

## La danza de los pies descalzos



**E**n la plaza de Tlacotepec, la tarde se vestía de tonos dorados, como si la tierra misma quisiera celebrar la llegada de la fiesta. La música comenzó a fluir en los altavoces, y las primeras notas de la danza tradicional hicieron que los habitantes se agruparan cerca de la iglesia. Los hombres, con sus sombreros de palma y camisas de manta, se sentaron en las bancas de madera, dejando que el sol se deslizara por sus rostros curtidos. Las mujeres, con sus huipiles bordados y faldas largas que danzaban al compás del viento, comenzaron a formar círculos alrededor de la plaza, mientras los niños corrían entre las piernas de los adultos, ajenos a la solemnidad del ritual que pronto se desataría.

La fiesta de Tlacotepec no era solo un evento, era la memoria viva de un pueblo que, aunque marcado por el tiempo y la historia, seguía fiel a sus raíces. Aquella tarde no solo se celebraba la cosecha, sino que se evocaban los espíritus de los ancestros, que en su tiempo habían sido guerreros, sabios y sembradores. La danza que se preparaba era un homenaje a ellos, y lo sería aún más por el hecho de que, esa noche, la danza sería diferente: los pies descalzos de los danzantes se conectarían con la tierra de manera más directa, más visceral, más ancestral.

Entre los asistentes, José, un joven de mirada firme y cuerpo atlético, se preparaba para la danza. Había visto a su padre, a su abuelo, y a sus bisabuelos bailar en esa misma plaza, sin nunca imaginar que un día él mismo sería el encargado de representar el alma del pueblo en esos pasos ceremoniales. La danza era más que un movimiento, era un lenguaje mudo, una oración sin palabras, una manera de comunicarse con los espíritus de la tierra y el viento. Al quitarse los zapatos, sentía el frío de la piedra y la tierra penetrar en la planta de sus pies, como un saludo que lo unía con el pasado.

Cuando la música comenzó a resonar con fuerza, José dio su primer paso al frente, descalzo, con los ojos cerrados por un momento. Su cuerpo se movió al ritmo de la tambora, las flautas y los violines que evocaban la naturaleza, el trabajo de la tierra y el ciclo de la vida. Los demás danzantes lo siguieron, también descalzos, en una sincronía perfecta que parecía desafiar la gravedad, como si el peso de sus cuerpos fuera menos importante que la conexión espiritual con el suelo bajo ellos. Cada zapateo, cada giro, cada salto, era un tributo al viento, al sol y a las lluvias que aseguraban la prosperidad del pueblo.

La danza fue cobrando vida propia, no como un espectáculo, sino como un acto sagrado. El pueblo entero era testigo, pero en ese momento, no eran solo espectadores; también eran parte de la danza. Las mujeres se unieron en círculos alrededor de los danzantes, y los hombres, que antes se habían sentado, se pusieron de pie, aplaudiendo al ritmo de la música, marcando el tiempo con el pecho y con las manos.

José sentía el pulso de la tierra bajo sus pies, una pulsación ancestral que lo conectaba con todo lo que había sido antes de él, y con lo que sería después de él. Los pasos lo guiaban sin pensar, como si algo más grande que él mismo lo dirigiera. No era solo el ritmo de la música, sino la memoria colectiva de generaciones enteras de Tlacotepec, que seguían viviendo en cada zapateo, en cada giro. La danza había comenzado, pero no solo en la plaza, sino en el mismo corazón de José, que comprendió en ese instante que él también era parte de esa historia interminable.

El aire en la plaza de Tlacotepec se había espesado, como si la misma tierra comenzara a tomar forma. La danza continuaba, pero el ritmo que hasta entonces había sido alegre y desafiante comenzó a cambiar. Los movimientos de los danzantes, antes llenos de vitalidad,

se volvieron más intensos, más pronunciados. El golpeteo de los pies descalzos contra la tierra resonaba como un eco profundo, como si los pasos estuvieran abriendo puertas a un mundo antiguo.

José, en medio de la danza, empezó a sentir un estremecimiento extraño que le recorría la columna. La sensación se apoderó de él de forma sutil, casi imperceptible, como una corriente que, aunque no era visible, estaba presente en cada movimiento. Los otros danzantes parecían no notarlo, pero él, que siempre había sido sensible a las vibraciones del entorno, empezó a sentir la presencia de algo más allá de la música y la danza misma. Era como si una sombra invisible se cerniera sobre la plaza, desdibujando el límite entre lo que veía y lo que no veía.

La tierra bajo sus pies parecía moverse, transformarse, como si los espíritus de los antepasados comenzaran a tomar forma, a despertar del largo sueño que el tiempo les había impuesto. José levantó la mirada, y por un instante, creyó ver una figura entre las sombras, de pie en un rincón de la plaza. La figura, vestida con un atuendo antiguo, parecía observarlo fijamente, como si esperara algo de él. Su piel se erizó al instante. No sabía si aquello era parte del trance de la danza o si verdaderamente había algo más, algo intangible, que se estaba manifestando en ese mismo momento.

La música cambió abruptamente, como si los instrumentos hubieran sido tocados por manos invisibles. El violín dejó de sonar con suavidad y comenzó a emitir notas más agudas, más intensas, que perforaban los oídos de los presentes. La tambora marcaba un ritmo más rápido, más frenético, y la flauta, con su tono aflautado, parecía anunciar un peligro inminente. El aire se cargó de electricidad, y las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, como si la naturaleza misma hubiera respondido al llamado de la danza.

José no podía dejar de moverse. Sus pies descalzos seguían el ritmo, pero ahora algo lo arrastraba, algo más allá de su voluntad. Sus pasos, antes firmes, comenzaban a volverse erráticos, como si la tierra misma lo estuviera guiando. La figura que había visto entre las sombras ahora estaba frente a él, y en un suspiro casi imperceptible, José escuchó su nombre en la brisa: *José...*

La figura lo miró fijamente, y algo en sus ojos lo hizo detenerse. La danza ya no era solo un homenaje a los ancestros, ya no era solo un rito; era un desafío, un juego entre los mundos. La plaza, que antes había sido un espacio familiar, se transformaba ahora en un lugar de pruebas, un campo donde el tiempo y los espíritus se entrelazaban. José sintió que el peso de todo lo que había sido su vida caía sobre él, y comprendió en ese instante que la danza no solo estaba relacionada con el pasado, sino con el futuro. Al mirar a los otros danzantes, notó que ellos también parecían atrapados en la misma corriente, como si todos estuvieran siendo arrastrados hacia un destino que no comprendían del todo.

La figura avanzó hacia él, sus ojos profundos como abismos, y le ofreció una mano. José dudó por un segundo, pero, sin poder evitarlo, extendió la suya. Era un acto simbólico, un gesto que significaba más de lo que podría entender en ese momento. La lluvia caía con más fuerza ahora, empapando el suelo y arrastrando consigo las huellas de los danzantes.

El nudo de la danza se apretaba con fuerza, y José sabía que no podía detenerse. Había cruzado una línea invisible, y ya no podía regresar.

El agua seguía cayendo sobre Tlacotepec con una intensidad inusitada. Cada gota parecía marcar el ritmo de los pasos de los danzantes, que ya no parecían humanos, sino seres fundidos con la tierra. José, aún con la figura extraña frente a él, sintió cómo sus pies descalzos se hundían un poco más en el barro. Pero no era un barro cualquiera: sentía que el suelo le hablaba, que lo absorbía con una fuerza casi mística, como si quisiera que se fusionara con él, como si la tierra misma le pidiera que dejara atrás todo lo que conocía.

Los demás danzantes lo rodeaban ahora, sus movimientos en perfecta sincronía, pero sus rostros mostraban una calma inquietante. Nadie parecía detenerse, nadie cuestionaba lo que ocurría. El viento azotaba la plaza, haciendo que los árboles se inclinaran bajo su peso. José, sin embargo, no podía apartar la vista de la figura frente a él. Era como un espejo, un reflejo de algo que había existido en los rincones olvidados de su ser. La figura, que antes lo había mirado fijamente, ahora extendió su mano, y en ese instante, José comprendió que no podía dar marcha atrás.

Con una respiración profunda, dio un paso hacia la figura. La mano, al principio fría y distante, ahora era cálida. Al tomarla, un torrente de imágenes le invadió la mente: generaciones de su pueblo, antepasados que habían transitado por esos mismos senderos, que habían danzado en esa misma plaza, descalzos, como él lo hacía ahora. Sentía sus voces resonando, sus risas, sus llantos, sus pasos, y entendió finalmente que esa danza no era solo un homenaje, sino una conexión directa con la memoria de los que habían sido, con los que todavía eran. Cada paso descalzo sobre la tierra no solo era un acto físico, sino un gesto simbólico que tejía hilos invisibles entre el presente y el pasado.

La figura lo condujo a un círculo más cerrado, el centro de la plaza, donde el agua ya formaba pequeños charcos que reflejaban las luces de las velas encendidas en la iglesia. La música se volvió más suave, casi etérea, y el sonido de las flautas, ahora acompañadas solo por el leve murmullo del viento, parecía provenir de otro mundo. José cerró los ojos, dejándose llevar por el movimiento. Su cuerpo, ya agotado, dejó de ser suyo. Ya no sentía el peso de sus piernas, ni el cansancio que había sentido al principio de la danza. Era como si su ser entero se hubiera disuelto en el aire, en la lluvia, en la tierra.

La figura que lo guiaba se desvaneció lentamente, como si nunca hubiera existido más que en su imaginación. El viento cesó por un instante, y el agua dejó de caer. El tiempo pareció detenerse. José, ahora solo, permaneció en el centro de la plaza, respirando profundamente, con los ojos abiertos, observando cómo la luz de las velas reflejaba en el suelo cubierto de barro. Los demás danzantes se reunieron alrededor de él, todos con una mirada de calma, como si el ritual hubiera concluido.

El silencio que siguió a la danza no fue vacío, sino lleno de significados. El pueblo había celebrado el paso del tiempo, la memoria de los ancestros, y había abierto una puerta hacia el futuro, hacia una nueva forma de entender la vida y la muerte. José, con los pies aún desnudos sobre la tierra de Tlacotepec, entendió que su destino no estaba marcado por lo que había hecho, sino por lo que estaba por hacer, por lo que la tierra le pedía ahora: que siguiera danzando, descalzo, siempre, hasta que sus pasos no fueran más que uno con la tierra que lo vio nacer.

## El peregrino errante



Las montañas de Hueyapan se alzaban como gigantes dormidos, cubiertos por un manto de niebla que se deslizaba lentamente entre sus cumbres. A lo lejos, el sol comenzaba a esconderse detrás de las colinas, tiñendo el cielo de tonos rojizos y violetas. En el sendero que serpenteaba a través del valle, un hombre avanzaba a paso lento, con una mochila que ya parecía pesada de tanto cargar. Su rostro, curtido por los años y las inclemencias del clima, mostraba signos de haber recorrido muchos caminos. Era un peregrino, pero no uno cualquiera; era el peregrino errante, aquel que nunca se detiene, aquel cuya vida está marcada por el eterno movimiento.

Las aldeas que encontraba a su paso parecían ser apenas una sombra de lo que alguna vez fueron, pero el peregrino no se detenía. Sabía que el tiempo no se mide por el reloj ni por las estaciones, sino por las huellas que uno deja en el camino. Sus pies descalzos tocaban la tierra con una familiaridad que hacía eco en el alma, como si el suelo le hablara en un idioma que

solo él comprendía. Cada paso que daba lo acercaba más a su destino, aunque él mismo ya había olvidado cuál era.

En las aldeas por las que pasaba, la gente lo miraba con curiosidad y respeto, pero nadie se atrevía a preguntarle su nombre ni a invitarlo a quedarse. Había algo en su presencia que inspiraba una mezcla de misterio y temor. Algunos decían que era un hombre marcado por los dioses, que había sido testigo de tantas cosas en su vida que ya no podía recordar su propia historia. Otros creían que su andar era un castigo por algún pecado cometido en el pasado, y que solo la ruta interminable lo redimiría.

Una tarde, al llegar a una pequeña población que se extendía a lo largo del río, el peregrino sintió una extraña sensación de familiaridad. La niebla era espesa, y la luz del sol comenzaba a desvanecerse. Se detuvo en el borde del agua, mirando las corrientes como si intentara descifrar algo que le resultaba esquivo. El sonido del río, el crujir de las hojas bajo sus pies, el susurro del viento, todo parecía hablarle en un idioma ancestral. El peregrino cerró los ojos y respiró profundamente, sintiendo cómo el aire se mezclaba con la esencia misma de la tierra.

Al abrir los ojos, una figura apareció frente a él. Era un anciano de piel arrugada y ojos profundamente sabios, que lo observaba sin hablar. El peregrino lo reconoció al instante, aunque nunca lo había visto antes. Era un viejo sabio, conocido entre las aldeas cercanas como un guardián de secretos olvidados. La figura del anciano, envuelta en una capa de hilos de plata que resplandecían a la luz tenue del atardecer, se le acercó lentamente.

“Has llegado”, dijo el anciano, con una voz tan suave como el murmullo del río. “El camino que buscas no está al final, ni en la cima de las montañas. El camino es el que tú has recorrido, y la respuesta que buscas está en tu interior, en los pasos que has dado, en las huellas que has dejado”. El peregrino sintió una sacudida en su pecho, como si la verdad se hubiera revelado en ese preciso momento. No necesitaba seguir errando sin rumbo. La búsqueda no era externa, no era un destino lejano, sino la comprensión de lo que ya había vivido, de las lecciones que había aprendido en cada paso. Su peregrinaje no era en vano, sino una lección constante de vida. La sabiduría del anciano penetró en su corazón, y por un instante, el peregrino sintió que ya no necesitaba continuar su viaje.

El anciano permaneció en silencio frente al peregrino, como si esperara que sus palabras calaran en lo más profundo del viajero. Pero el peregrino, aunque con una claridad recién hallada, no podía liberarse de una sensación inquietante que le recorría el pecho. El río a sus pies continuaba su curso, pero en su mente, el tiempo parecía detenerse. La revelación del anciano, aunque profunda, no resolvía la duda que le quemaba por dentro: ¿por qué había estado errando sin rumbo tanto tiempo?

“Lo que has dicho... es cierto”, murmuró el peregrino, mirando al anciano con una mezcla de asombro y frustración. “Pero, ¿y si la respuesta que busco no está dentro de mí? ¿Y si nunca la he tenido y por eso no he dejado de caminar?”

El anciano sonrió con suavidad, como si comprendiera los pensamientos del peregrino. “El tiempo y el espacio son solo ilusiones que crean los que buscan respuestas fuera de sí mismos. No es que nunca hayas tenido la respuesta. Es que nunca te has permitido verla. El camino no es el que has recorrido, es el que estás dispuesto a entender.”

El peregrino frunció el ceño, desconcertado. De repente, una ráfaga de viento sopló con fuerza, agitando las hojas secas que descansaban sobre la tierra. La niebla que cubría el paisaje parecía volverse más densa, envolviendo todo en una atmósfera onírica. El peregrino sintió como si algo invisible lo estuviera empujando hacia el río. La corriente, antes apacible, se había intensificado, y el sonido del agua rugiendo parecía ser un canto de advertencia.

“Es el momento”, dijo el anciano, como si hablara con la voz de la propia tierra. “Tu camino no está al final, ni en lo que has dejado atrás. El destino está en el cruce de los caminos, en el punto de transición entre el que eras y el que serás. El agua del río no es un obstáculo, es un puente.”

Sin embargo, el peregrino no podía entender del todo. Algo dentro de él resistía la idea de que su búsqueda fuera tan simple, tan interna. Había viajado por montañas y valles, cruzado fronteras, cargado con la pesada mochila de su incertidumbre, buscando respuestas en otros lugares. Había caminado sin descanso, esperando que algún día alguien o algo lo guiara hacia el final de su peregrinaje. De repente, una fuerte corriente del río arrastró una piedra que golpeó la pierna del peregrino, haciéndolo tropezar y caer al agua. El agua fría lo rodeó,

invadiendo sus ropas, empapando su cuerpo, y por un instante, perdió el equilibrio. Pero antes de caer por completo, una mano lo sujetó con firmeza, levantándolo del agua.

Era el anciano. Sus ojos brillaban con una luz antigua, como si hubiera sido testigo de todo desde el principio de los tiempos.

“¿Ves?” dijo el anciano, alzando al peregrino del agua. “Tu miedo de caer te ha mantenido alejado de lo que ya sabías. El viaje es en el agua, en la corriente. La vida es un movimiento, no una llegada.”

El peregrino, ahora empapado pero lleno de una energía renovada, comprendió que, al igual que el río, la vida no era algo que debía ser controlado. No podía buscar respuestas fijas. Debía fluir con el momento, aprender a nadar en las corrientes, aceptando que la incertidumbre era su compañera constante.

El anciano sonrió, y el peregrino, por fin, entendió. El camino no era solo el sendero exterior, sino el que se recorría dentro de uno mismo. El peregrino, ahora completamente empapado por el agua del río, se levantó lentamente. A pesar de la frialdad del agua que aún lo rodeaba, una sensación cálida comenzó a expandirse en su pecho, como si algo profundo y antiguo hubiera sido despertado en su interior. El anciano, que aún lo sostenía firmemente, le sonrió con una serenidad que parecía traslucir siglos de sabiduría.

“No temas,” dijo el anciano con voz suave, “El agua te ha mostrado que la vida no es algo que se controle, ni que se busque con afán. Solo cuando uno se entrega, fluye. Como el río, como el viento. El viaje no termina nunca, solo cambia.”

El peregrino miró al anciano, su rostro marcado por las arrugas del tiempo y por la luz que ahora iluminaba sus ojos. Todo a su alrededor parecía más claro, más nítido. La niebla se disipaba y el sol, aunque ya oculto detrás de las montañas, comenzaba a iluminar de una manera cálida y profunda todo lo que lo rodeaba. El río, que había sido su desafío, se convertía ahora en su maestro, en su espejo.

“Sigo sin entender,” dijo el peregrino, mirando las aguas tranquilas que se extendían a sus pies. “He caminado toda mi vida buscando respuestas, y ahora que las he encontrado, siento que no sé cómo seguir.”

El anciano asintió lentamente, como si ya hubiera conocido esta respuesta mucho antes de que el peregrino la pronunciara. “El camino sigue en ti,” respondió con tranquilidad. “Tu vida, tu búsqueda, son una danza con lo desconocido. Lo que ahora ves como incertidumbre, es precisamente lo que te hace libre. Porque ya no necesitas buscar, sino ser.”

El peregrino se quedó en silencio, sintiendo cómo las palabras del anciano se hundían en su alma. Era como si todo el peso de sus años de viaje, de su errar constante, comenzara a desvanecerse. La carga que había llevado durante tanto tiempo, la mochila de incertidumbre que siempre había estado a sus espaldas, ya no pesaba tanto. Ahora entendía que no había nada que encontrar, solo algo que liberar.

“Entonces,” murmuró, mirando al anciano por última vez, “¿debo quedarme aquí, en este río?”

“No,” respondió el anciano con una sonrisa enigmática. “Solo sigue caminando, pero no como lo hiciste antes. Ahora, cada paso será el reflejo de lo que has aprendido. Y cada lugar al que llegues, será la oportunidad de enseñar lo que has descubierto.”

El peregrino lo observó un último momento antes de bajar la mirada al río. Con una resolución nueva en su interior, quitó su mochila, dejándola descansar en el suelo junto a la orilla. Dio un paso hacia el río, sus pies descalzos tocando el agua fría, y de alguna manera, sintió que ya no había un final que esperar, sino un flujo constante, un movimiento que lo conectaba con todo lo que había recorrido y todo lo que aún estaba por venir.

El anciano observó cómo el peregrino se adentraba en el agua, cada paso más firme, más seguro, como si ya no estuviera buscando, sino simplemente viviendo. Y mientras lo veía desaparecer en la niebla del amanecer, una suave sonrisa cruzó su rostro. El peregrino errante ya no estaba perdido. Había encontrado su camino, y el viaje no terminaría nunca.

## El milagro de la fuente seca



**E**l sol apenas asomaba por el horizonte, dibujando sombras largas sobre el pueblo de Xochitla. En la plaza central, rodeada de casas de adobe que se desmoronaban con el paso del tiempo, la fuente, antaño orgullosa y rebosante, estaba seca. Ya no se escuchaba el suave murmullo del agua que acariciaba las piedras. Solo quedaba un lecho de tierra reseca, marcado por las huellas de aquellos que, durante años, acudían allí a buscar alivio en su frescura.

Doña Remedios, la anciana de cabellera blanca y ojos nublados, caminaba hacia la fuente cada mañana. Sus pasos, firmes pero lentos, se deslizaban sobre el suelo polvoriento como si llevaran consigo las memorias de generaciones pasadas. La fuente seca no era solo un recuerdo de tiempos mejores, sino un emblema de la pérdida. El agua había sido su compañera desde que ella era una niña, cuando las aguas de Xochitla fluían como ríos de vida, bendiciendo los campos y las almas de los habitantes. Pero ahora, la sequía y el olvido se habían hecho dueños de todo.

Doña Remedios sabía que, en los tiempos de antaño, las fuentes no solo eran de agua, sino de esperanza. Se decía que aquellas aguas estaban bendecidas, que curaban las heridas del cuerpo y del alma. Pero esos relatos, como tantas otras historias, se habían desvanecido con el paso de los años. Sin embargo, cada mañana, ella llegaba hasta allí, como si la fuente pudiera escucharla, como si algo en ella aún pudiera devolver la vida a su pueblo.

Ese día, mientras se acercaba a la fuente, algo diferente ocurrió. La tierra, que siempre había estado reseca, parecía vibrar sutilmente bajo sus pies. Doña Remedios se detuvo, mirando con una mezcla de curiosidad y temor, como si algo invisible la estuviera llamando. En ese instante, vio una figura, pequeña y distante, moviéndose cerca de la orilla de la fuente. Era una niña, vestida con un vestido blanco, que avanzaba descalza, tocando suavemente el suelo con los dedos de sus pies.

Doña Remedios la observó en silencio, pero la niña no parecía prestarle atención. Era como si estuviera sumida en su propio mundo, guiada por un compás que solo ella entendía. La niña se acercó a la fuente y, sin dudar, se agachó para tocar la tierra seca. El aire se llenó de un olor a tierra mojada, como si la naturaleza misma hubiera despertado de un sueño largo.

Y entonces, algo extraordinario ocurrió: un suave murmullo comenzó a emanar del lecho seco de la fuente, como si el agua volviera a respirar. La niña sonrió, y en ese instante, la tierra se partió sutilmente, dejando escapar una corriente fresca y cristalina que comenzó a llenar lentamente el cuenco de la fuente.

Doña Remedios, con los ojos bien abiertos, no podía creer lo que veía. La fuente, olvidada por tanto tiempo, volvía a hablar, volvía a cantar su melodía de vida. El agua, que había estado ausente por tanto tiempo, fluía con una pureza que solo el milagro podía ofrecer. La niña, al ver la fuente llena, se levantó lentamente, se dio vuelta hacia Doña Remedios, y, con una sonrisa enigmática, desapareció entre las sombras de la plaza.

La anciana se quedó allí, sola, con el sonido del agua llenando el aire, con el corazón lleno de una gratitud inmensa. Algo en su interior le dijo que este no era un simple milagro, sino una promesa: la tierra siempre vuelve a dar, la vida nunca se pierde del todo. Y ahora, Xochitla, aunque marcada por la sequía, comenzaba a renacer.

El agua, en su silenciosa danza, seguía fluyendo de la fuente recién reactivada, como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Doña Remedios se quedó allí, observando el agua que se desbordaba, tocando sus manos arrugadas con la suavidad de un recuerdo olvidado. Pero en su pecho, a pesar de la alegría de ver la fuente llena nuevamente, una pregunta persistente la asfixiaba. ¿Qué había sucedido realmente? ¿Quién era esa niña, vestida de blanco, que había tocado la tierra y había despertado el agua? La anciana miró alrededor, como si esperara que alguien le diera una respuesta, pero la plaza estaba vacía. Los pocos habitantes del pueblo que todavía quedaban, los viejos y los niños, no habían visto nada. Solo ella había sido testigo de aquel milagro.

El murmullo del agua era todo lo que se oía, y de repente, el silencio se volvió pesado, inquietante. Doña Remedios se arrodilló cerca de la fuente, las manos temblorosas al sumergirlas en el agua fresca. Había algo extrañamente familiar en todo aquello, como si la fuente hubiera estado esperando este momento, como si la niña hubiera sido solo el vehículo de algo mucho más grande.

Sin embargo, cuando intentó pensar en la niña, una sensación extraña la invadió. No recordaba haberla visto antes, ni en su juventud ni en los últimos años, cuando la esperanza del pueblo parecía desvanecerse ante la sequía y la miseria. Nadie en el pueblo hablaba de milagros, y los relatos sobre las fuentes benditas se habían convertido en leyendas que los más jóvenes consideraban cuentos de ancianos. ¿Quién era ella, realmente? ¿Un espectro? ¿Una visión? No, algo en su alma le decía que esa niña era un vínculo entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo perdido y lo encontrado.

Mientras la anciana pensaba en esto, el viento comenzó a soplar con fuerza, agitándose entre los árboles secos de la plaza. El sonido del agua se intensificó, como si la fuente estuviera respondiendo a la angustia de Doña Remedios. En ese momento, una figura apareció en la entrada del pueblo, una figura solitaria que caminaba hacia ella. Era un hombre de rostro curtido por el sol, con una expresión de cansancio profundo. Llevaba una mochila gastada, como si hubiera recorrido grandes distancias. Nadie en el pueblo lo reconoció de inmediato.

El hombre se acercó, y al ver la fuente llena de agua, se detuvo un momento. Sus ojos reflejaban algo más que asombro. Doña Remedios, al notar su presencia, se levantó

lentamente, la curiosidad y la desconfianza mezclándose en su corazón. El hombre se acercó aún más y, al igual que ella, se arrodilló frente a la fuente.

“¿Cómo es posible?” murmuró él, con una voz rasposa. “¿Quién ha hecho esto?”

Doña Remedios no respondió de inmediato. En su mente, la niña apareció una vez más, como un destello fugaz, y el aire se llenó de una incomodidad extraña. Sin saber por qué, algo le dijo que el hombre, que no era del pueblo, era parte de una historia que aún no había terminado. Los dos permanecieron en silencio, observando el agua que continuaba brotando de la fuente. Nadie dijo nada más, pero ambos sabían que este milagro estaba ligado a algo mucho más grande, algo que iría más allá de la simple recuperación del agua.

La respuesta aún estaba por llegar, pero Doña Remedios sintió en lo más profundo de su ser que aquel momento de transformación tenía un propósito oculto, uno que ni el viento ni el agua podrían revelar todavía. El hombre permaneció allí, mirando la fuente, como si buscara respuestas en la frescura del agua que ahora corría sin cesar. Doña Remedios no se atrevió a hablar, pero el peso de su mirada sobre él era inevitable. El silencio que se había instalado entre ellos comenzó a volverse insoportable. La anciana se levantó con dificultad, sus piernas rígidas por la edad, y con una voz temblorosa, le dijo al hombre:

“¿Quién eres?”

El hombre se volvió lentamente, sus ojos revelaban una tristeza profunda, como si una vida entera de caminos recorridos estuviera escrita en su rostro. Con una respiración profunda, contestó:

“Soy uno de los que huyó. De todo.”

Doña Remedios frunció el ceño, sin comprender completamente. El hombre continuó, como si sus palabras necesitaran salir sin interrupciones:

“Hace muchos años, cuando el agua comenzó a escasear, cuando la sequía tocó las puertas de todos, algunos de nosotros nos alejamos. Yo... yo fui uno de ellos. Buscamos tierras fértiles en otros lugares, dejando atrás lo que ya no podíamos salvar. Pensábamos que, si

huíamos, encontraríamos otro hogar, otro río. Pero el camino fue largo y amargo, y descubrí que, al huir, dejaba algo dentro de mí... algo que nunca se cura.”

El hombre hizo una pausa, sus ojos se oscurecieron un momento y su voz se quebró ligeramente.

“Regresé porque sentí que algo me llamaba. Algo me decía que la vida no se va a otro lugar, que, aunque lo intentemos, siempre regresa a donde pertenecemos. Y aquí, en esta fuente, sé que algo antiguo ha despertado. Lo que está sucediendo aquí es más grande que un milagro. Es el regreso de lo perdido.”

Doña Remedios, con el corazón acelerado, comprendió las palabras del hombre, pero no sabía cómo responder. En su interior, sentía que todo lo que había ocurrido en los últimos momentos era un presagio, un lazo entre el pasado y el presente. La fuente, la niña, el hombre, todo formaba parte de algo que el pueblo había olvidado, algo que debía recordar. Mientras ella pensaba, el agua continuó fluyendo, y de repente, el aire se hizo más cálido. El viento comenzó a mover las ramas de los árboles y la luz del sol empezó a desbordarse entre las hojas, creando reflejos dorados sobre el agua. La fuente, que había estado seca durante tanto tiempo, parecía renacer con cada segundo. La tierra ya no era árida, sino fértil, lista para acoger nuevamente las semillas del futuro.

El hombre, mirando el agua con una calma absoluta, murmuró: “No se trata solo de la fuente, sino de todos nosotros. El milagro está en regresar, en comprender que lo perdido no se olvida, sino que regresa cuando más se le necesita.”

Doña Remedios, con una sonrisa suave, asintió. De alguna manera, las palabras del hombre, el milagro de la fuente y la niña que había desaparecido sin dejar rastro, la habían tocado profundamente. Era como si el pueblo estuviera siendo despertado de un largo letargo, como si el agua hubiera fluido para recordarle a todos que lo que parecía perdido estaba, de alguna manera, siempre presente. Y, con el sonido del agua llenando la plaza, el pueblo de Xochitla, tan olvidado y quebrado por la sequía, comenzaba a entender que el verdadero milagro no era solo el regreso del agua, sino el regreso de la esperanza, del reencuentro con la tierra y con el alma colectiva.

## El santo que no quiso viajar



**E**l sol ya se escondía entre las montañas, y la luz tenue del atardecer bañaba la iglesia de San Sebastián, en el pequeño pueblo de Tezoatlán. La gente, como todos los años, se preparaba para la fiesta de la Santa Cruz, una celebración que traía consigo procesiones, música y danzas. Pero esa tarde, un acontecimiento extraño ocurrió. La imagen del santo patrón, que usualmente se exhibía con orgullo en el altar mayor, no aparecía.

El sacristán, un hombre bajo y de rostro envejecido, recorría la iglesia buscando por todos lados el santo. Su nombre era don Filomeno, y nadie en el pueblo sabía de él más que de su devoción a las ceremonias religiosas y a la tradición. Pero hoy, su habitual calma se había visto rota por la ausencia de la imagen. La iglesia, que siempre había sido el centro de todas las celebraciones, parecía vacía de espíritu. La gente comenzó a llegar al pueblo, siguiendo las campanas que anunciaban la festividad, pero al ver que la imagen de San Sebastián no

estaba allí, comenzaron a murmurar entre ellos. El aire, cargado de incertidumbre, se sentía diferente.

Don Filomeno, con las manos temblorosas, se acercó al altar y se inclinó hacia el banco donde normalmente descansaba la estatua del santo. Allí, en su lugar, solo había una pequeña nota escrita con tinta borrosa. “No quiero viajar”, decía en letras grandes y sin firma. Al principio, pensó que era una broma de los niños traviosos del pueblo, pero la nota no parecía tener la ligereza de una inocentada. La curiosidad lo invadió, y un sentimiento de duda se apoderó de él. “¿Cómo es posible que San Sebastián no quiera viajar?”, murmuró para sí, como si la respuesta estuviera más allá de lo comprensible. No había duda: algo extraño estaba ocurriendo.

La fiesta de la Santa Cruz había sido una tradición que se remontaba a generaciones, y la procesión hacia el cerro de la cruz era un acto sagrado. San Sebastián siempre lideraba la comitiva, montado sobre su caballo, seguido por el pueblo entero. Pero este año, el santo parecía haberse rebelado. Algo en su ser, algo que el pueblo nunca imaginó, le impedía seguir con la tradición.

Don Filomeno, con una mezcla de tristeza y desconcierto, salió de la iglesia y se dirigió a la plaza. Los campesinos, las mujeres y los niños lo miraban expectantes. Sin la imagen del santo, la procesión no podría llevarse a cabo. La fiesta estaba a punto de desmoronarse, y con ella, todo el sentido de la devoción que había unido a Tezoatlán por siglos. Sin embargo, antes de que pudiera dar la noticia, una ráfaga de viento fuerte cruzó la plaza. Las campanas comenzaron a sonar sin que nadie las tocara, y un silencio profundo se apoderó del pueblo. Fue en ese instante cuando una figura apareció en la puerta de la iglesia. Era un hombre alto, de rostro oculto por una capa, que caminaba lentamente hacia el altar.

El hombre de capa avanzaba con paso firme, como si estuviera guiado por un propósito que no necesitaba palabras para explicarse. La gente del pueblo, que había comenzado a murmurar sobre la desaparición del santo, observaba con asombro cómo él se acercaba al altar. Don Filomeno, que había permanecido en el umbral de la iglesia, sintió un escalofrío recorrer su espalda. Nadie en Tezoatlán había visto jamás a este hombre antes, y sin embargo, había algo familiar en su porte, algo que lo hacía encajar en el misterio que rondaba la iglesia.

Al llegar ante el altar, el hombre se detuvo y, sin decir una palabra, se arrodilló. Los murmullos cesaron, y un silencio sepulcral invadió la iglesia. Don Filomeno, que había sido testigo de muchas procesiones y celebraciones, sentía una extraña mezcla de reverencia y temor. El hombre de capa levantó lentamente la cabeza y, con voz profunda, murmuró:

“No se trata de un milagro, sino de un recuerdo.”

La frase quedó flotando en el aire, como una sombra que no se disipaba. Don Filomeno dio un paso hacia él, pero la ansiedad lo hizo detenerse a medio camino. El hombre continuó, su voz vibrando con una resonancia que parecía provenir de algún lugar lejano:

“El santo que no quiere viajar no es un capricho. Es un llamado. El viaje que el pueblo espera no es el que debe realizarse. San Sebastián no desea ser llevado a la cruz en este momento, porque su verdadera misión está en otro lugar.”

Don Filomeno frunció el ceño, incapaz de comprender del todo lo que escuchaba. El hombre de capa se levantó y, con una serenidad inquietante, caminó hacia el banco donde había estado la imagen del santo. Ahí, donde la estatua había desaparecido, sólo quedaba una marca en la madera, como si algo o alguien hubiera tomado su lugar. El hombre tocó suavemente la superficie de la madera con sus dedos y, de inmediato, la iglesia pareció vibrar. Los muros resonaron, y la luz que entraba por las ventanas comenzó a tornarse dorada, bañando el altar en un resplandor extraño y fuera de lugar.

“San Sebastián está aquí, en el pueblo. No en la cruz. No en el viaje”, dijo con firmeza el hombre de capa. “El santo no viaja porque ya ha llegado.”

Don Filomeno, sintiendo la presión de aquellas palabras como una carga pesada en su pecho, no sabía qué hacer. La celebración de la Santa Cruz, que siempre había sido un pilar de unidad y fe en el pueblo, estaba desmoronándose frente a sus ojos. ¿Qué sucedía con la fe de Tezoatlán si el santo ya no quería viajar? Si ya no deseaba cumplir con la tradición que todos conocían y veneraban?

La iglesia, que solía resonar con cantos y risas en días como este, ahora estaba sumida en un manto de incertidumbre. Nadie se atrevió a hablar. Los aldeanos permanecían fuera de la

iglesia, en silencio, observando desde la plaza. A través de las ventanas, solo se veía la luz dorada del altar, como un faro que guiaba a todos hacia un misterio sin respuesta. El hombre de capa se volvió hacia Don Filomeno, y sus ojos, ahora visibles bajo la sombra de la capa, eran profundos, como si llevaran siglos de sabiduría. “Lo que el santo tiene que ofrecer no está en un viaje, sino en la permanencia. El milagro está en quedarse.”

El hombre de capa, tras pronunciar sus enigmáticas palabras, se alejó lentamente del altar, como si todo lo que había dicho no necesitara más explicación. Don Filomeno, aún con el corazón acelerado, lo observó hasta que su figura desapareció en la penumbra del pasillo. Un murmullo se levantó entre los pocos feligreses que habían presenciado la escena, pero nadie se atrevió a interrumpir el silencio que impregnaba la iglesia. El sacristán, desconcertado, se acercó nuevamente al altar, donde la marca en la madera seguía intacta, como una huella invisible de lo que había sucedido.

La luz dorada que bañaba el altar comenzó a desvanecerse lentamente, pero la sensación de que algo trascendental había ocurrido no desapareció. El aire dentro de la iglesia seguía denso, como si el tiempo hubiera dejado de moverse. Don Filomeno, con paso vacilante, se acercó a la marca de la madera, tocándola con los dedos, pero algo dentro de él le decía que no debía buscar más respuestas allí. El santo no había querido viajar, y con ello, había dejado claro que algo más grande que las tradiciones de Tezoatlán debía ser comprendido.

En la plaza, los habitantes del pueblo comenzaron a dispersarse, aún confundidos. Algunos se retiraban cabizbajos, mientras que otros se quedaban mirando la iglesia con una mezcla de respeto y temor. Nadie se atrevió a hablar de lo sucedido, pero todos sentían que algo se había roto en la cotidianeidad de sus vidas. Las fiestas y celebraciones que antes eran un refugio de fe y alegría, ahora se sentían vacías, como si el espíritu del pueblo hubiera perdido su rumbo.

Don Filomeno salió al encuentro de los aldeanos, que lo miraban expectantes, esperando alguna explicación. No sabía qué decirles. ¿Cómo podía contarles lo que había sucedido dentro de la iglesia sin que sonara a locura? Sin embargo, con una determinación que nunca antes había sentido, alzó la voz y, sin pensarlo, dijo:

“El santo no viajará este año. No porque se haya negado, sino porque su presencia está aquí, con nosotros, en nuestra tierra. El milagro no es un viaje, es la permanencia. El santo está con nosotros, en cada rincón de este pueblo, en cada uno de nosotros.”

Las palabras, al principio inciertas, empezaron a cobrar fuerza. Los aldeanos lo miraban en silencio, pero algo en sus ojos comenzó a cambiar. Ya no era el mismo pueblo que había llegado a esperar la procesión. Algo había renacido en ellos, algo que no tenía que ver con las tradiciones, sino con una comprensión más profunda de la fe. La fiesta de la Santa Cruz, a pesar de no ser como las demás, no desapareció. No hubo procesión, pero la comunidad se unió de una manera diferente, sin la imagen del santo en el centro, pero con una presencia mucho más cercana y humana. Y aunque el viaje que todos esperaban no se realizó, algo en el corazón de Tezoatlán cambió para siempre. Quizás no necesitaban al santo viajero, sino al santo que se quedaba, compartiendo con ellos la vida cotidiana, los pequeños milagros del día a día.

Esa noche, mientras las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, Don Filomeno se quedó de pie frente a la iglesia, observando las luces titilantes del pueblo. Sabía que el santo que no quiso viajar había dejado un mensaje: el milagro no está en el destino, sino en el camino que recorreremos juntos.

## La feria de los espejos



La feria de San Andrés no era como las demás. Cuando se encendieron las luces esa noche, no fue solo el brillo de las lámparas lo que iluminó la plaza, sino también una sensación extraña, como si todo a su alrededor adquiriera un tinte de fantasía. Las personas, como atraídas por un hechizo, comenzaron a caminar hacia el centro, sin necesidad de invitación. Las casetas estaban alineadas, pero una de ellas destacaba por encima de las demás: la carpa de los espejos.

Nadie sabía de dónde había llegado, ni quién la había instalado, pero su aparición había sembrado una curiosidad profunda entre los aldeanos. Decían que aquellos que entraban en ella salían cambiados, con una mirada distinta, como si un pedazo de su alma se hubiera quedado atrapado en los reflejos.

Delfina, una joven que no solía asistir a las festividades del pueblo, se vio arrastrada por una fuerza invisible. Tenía una curiosidad infinita por todo lo que la rodeaba, aunque sabía que

esa feria nunca había sido de su agrado. Los colores chillones de los juegos y los gritos festivos le resultaban vacíos. Sin embargo, aquella carpa de los espejos le llamó la atención. Era como si los espejos mismos la llamaran, como si algo más grande que ella estuviera esperándola allí dentro.

Delfina caminó hacia la entrada. La tela que cubría la entrada era gruesa y oscura, casi como una cortina de noche, pero al atravesarla, lo primero que sintió fue el frío del lugar. Al principio, nada parecía fuera de lo común: el aire estaba impregnado con la fragancia de los perfumes dulces de feria, y el suelo crujía bajo sus pies. Sin embargo, cuando miró alrededor, vio los espejos. No había uno o dos, sino miles. Espejos de todo tamaño y forma, que cubrían las paredes y el techo. Algunos reflejaban rostros familiares, otros solo una niebla espesa, y unos pocos parecían capturar algo más allá de la realidad.

Se detuvo frente a un espejo grande, de borde dorado, en el que vio su reflejo distorsionado. No se vio a sí misma como la joven que había entrado, sino a alguien más. Su rostro estaba más envejecido, con surcos de preocupación y una mirada perdida. Dio un paso atrás, pero al hacerlo, su reflejo hizo lo mismo, sin moverse. Decidió avanzar, con el corazón acelerado, pero al acercarse a otro espejo, vio una imagen distinta: una versión de sí misma más joven, más radiante, como si la vida hubiera sonreído más a esa persona.

Intrigada, Delfina caminó más adentro de la carpa, buscando respuestas que no entendía. Los espejos parecían mostrar no solo su presente, sino todas las versiones posibles de sí misma. La mujer de los recuerdos olvidados, la niña que aún buscaba la aceptación, la adulta que ya había aprendido a callar sus propios gritos. En cada reflejo, algo la observaba, algo más allá de la superficie de vidrio. El frío se volvió más intenso, y las sombras comenzaron a alargarse, cubriendo los rincones. A lo lejos, una figura emergió entre los espejos. Era un hombre alto, vestido con un traje oscuro, cuyos ojos brillaban con un fulgor extraño. Delfina, paralizada, le observó mientras él la observaba a ella.

La figura en el espejo se fue acercando lentamente a Delfina. Su paso era firme, pero no hacía ruido. Cuando estuvo frente a ella, la joven intentó hablar, pero no pudo. Algo en el aire la había envuelto, como si las palabras quedaran atrapadas en su garganta. El hombre no parecía estar vivo, y sin embargo, su mirada reflejaba una intensidad que la paralizaba.

“¿Qué haces aquí, Delfina?” La voz del hombre era grave, casi susurrante, pero se sentía como un eco dentro de su mente. No era una pregunta, sino una afirmación. Como si él supiera lo que ella venía a buscar.

Delfina intentó retroceder, pero sus pies no respondían. Estaba atrapada en el reflejo, como si su cuerpo no fuera suyo. El hombre extendió la mano, y la joven, como movida por una fuerza invisible, la tomó. Su toque era frío, pero al mismo tiempo, le traspasaba una sensación cálida que la envolvía, como si ese frío llegara hasta lo más profundo de su ser.

“Te he estado esperando,” dijo él, sus labios apenas moviéndose. Su rostro no era humano en su totalidad, pues sus ojos brillaban con una luz plateada, y su piel parecía translúcida, como si su existencia dependiera de las sombras. Delfina no sabía qué hacer. Estaba atrapada en la carpa, rodeada de espejos que parecían seguirla, observándola desde todos los ángulos. Su reflejo, sin embargo, ya no era el suyo. En lugar de una joven curiosa y un tanto perdida, veía una mujer que parecía haber viajado en el tiempo, una mujer que había recorrido un camino largo, lleno de preguntas sin respuestas. El reflejo de la joven comenzó a sonreírle, a alzar la mano como si quisiera salirse del espejo.

El hombre vio el gesto y asintió lentamente, como si confirmara algo que ya sabía. “Lo ves, ¿verdad? Esta no es la primera vez que vienes aquí. Este lugar, Delfina, no es solo una feria. Es un portal hacia las vidas que nunca vivimos, hacia los destinos que pudimos tomar pero no tomamos.”

“¿A qué te refieres?” Sus palabras, finalmente, salieron de su boca, aunque su voz sonó lejana, casi ajena.

“Cada uno de estos espejos refleja una versión diferente de ti misma. Todas las decisiones que no tomaste, todas las veces que dejaste de ser quien podrías haber sido. Aquí, en esta feria, los reflejos son los recuerdos olvidados de lo que fuiste y lo que nunca serás.”

Delfina miró alrededor, observando cómo los reflejos en los espejos de los costados se desdibujaban y mutaban. Vió una versión de ella misma más feliz, más segura, que se desvaneció como una sombra. Vió otras versiones de sí misma: una que había sido madre,

otra que había viajado por el mundo, una más que se había quedado en su pueblo, en su casa, esperando a que la vida le diera algo más.

“¿Por qué me haces ver esto?” Delfina finalmente gritó, desesperada.

“Porque el único camino hacia la verdad es enfrentar lo que hemos dejado atrás,” respondió el hombre, su voz ahora más cercana. “Y la feria solo te mostrará lo que tú misma quieras ver.”

Delfina se quedó en silencio, los ojos fijos en el hombre. La sensación de estar atrapada, de no poder escapar, la invadía por completo. Pero algo comenzó a despertar dentro de ella, una chispa de claridad que había permanecido oculta durante años. Miró una vez más los espejos que la rodeaban, aquellos que le mostraban vidas alternativas, las versiones de sí misma que nunca fueron, las posibilidades que dejó escapar. ¿Por qué había llegado hasta aquí? ¿Por qué se sentía tan vacía, como si algo le faltara, como si estuviera buscando una respuesta en un lugar equivocado?

“¿Y qué se supone que debo hacer con todo esto?” preguntó Delfina, sus palabras ya más firmes, como si la incertidumbre hubiera sido reemplazada por una nueva resolución.

El hombre, sin mover un solo músculo, la miró fijamente. “La respuesta no está en lo que ves, sino en lo que eliges hacer con lo que eres. Los espejos solo te muestran lo que ya llevas dentro. No es el reflejo lo que define tu vida, sino lo que haces con él.”

Delfina cerró los ojos un momento, respirando profundamente. Podía sentir la presión en su pecho, el peso de sus miedos, pero también podía sentir algo más: una fuerza tranquila, la sensación de que había llegado al final de un largo viaje. Abrió los ojos de nuevo, y esta vez, ya no vio al hombre. En su lugar, el espejo que tenía frente a ella reflejaba su rostro tal como era, sin distorsiones ni sombras. No era perfecta, ni había logrado todo lo que alguna vez había soñado, pero la mujer que veía frente a ella era, en ese instante, suficiente. La mujer que había dejado atrás sus dudas, sus miedos, y había aprendido a aceptarse tal como era.

Un suave viento recorrió la carpa, como si el aire estuviera despejando las sombras. Delfina sintió una paz inesperada, como si los espejos, en su extraño poder, la hubieran liberado de

una carga invisible. Ya no le importaba qué versiones de sí misma habían quedado atrás. Ahora entendía que lo importante no era el reflejo, sino la vida que aún podía construir.

Con una sonrisa tenue, Delfina dio un paso atrás, alejándose del espejo que la había cautivado tanto. Caminó lentamente hacia la salida de la carpa, su cuerpo ligero, como si el peso de las decisiones no tomadas se hubiera desvanecido. Al salir, la feria seguía viva, llena de luces y risas, pero Delfina ya no veía la misma realidad. Los espejos habían mostrado lo que estaba dentro de ella, pero ahora ella tenía la clave para ser dueña de su propio reflejo. Ya no sentía que debía perseguir algo fuera de sí misma.

La feria, aunque extraña, le había dado lo que necesitaba: una lección sobre la aceptación, el perdón y el valor de vivir el presente. El hombre de la feria ya no estaba. Solo quedaba el eco de sus palabras en su mente, como un susurro lejano. Delfina se mezcló con la multitud, pero esta vez, ya no estaba buscando algo más. Sabía que todo lo que necesitaba estaba dentro de ella.

## La tortilla del destino



La feria se había instalado en el pueblo con la misma prisa que las nubes se agrupan antes de la tormenta. El aroma de los tamales y las gorditas recién hechas se mezclaba con el polvo de la tierra, creando una estampa familiar, casi olvidada, que se asentaba en el corazón de los habitantes de San Felipe. Todos conocían la tradición: cada año, en la feria de la primavera, la señora Ana María ofrecía la más deliciosa de las tortillas, una que, según el rumor, tenía un poder misterioso. Muchos decían que quien la probaba encontraba su destino, como si, al partirla con las manos, se revelara el futuro. Era solo un cuento, claro, pero no había alma en el pueblo que no esperara con ansias el momento de probarla.

Era un mediodía cálido cuando Esteban llegó, fatigado por el viaje que había emprendido desde su hogar en las montañas cercanas. Era joven, pero su rostro ya mostraba las huellas de un hombre que había vivido muchas luchas sin haber alcanzado la calma. Su familia lo había obligado a marcharse de la casa y buscar fortuna, pero el destino, en lugar de ofrecerle riqueza, le había dado solo más hambre y desdicha. Se acercó a la mesa donde Ana María,

una mujer de rostro curtido por el sol y manos sabias, estaba amasando la masa con una destreza que parecía heredada de generaciones. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos años tenía la señora, pero su presencia era tan arraigada como el maíz que cultivaba.

“Una tortilla del destino, señora Ana María”, dijo Esteban con una mezcla de cansancio y esperanza en la voz.

La señora lo miró fijamente, como si lo estuviera evaluando con sus ojos antiguos. No dijo palabra alguna, solo asintió y, con un movimiento rápido, tomó un puñado de masa y comenzó a darle forma en su comal caliente. El sonido del maíz tocando la piedra resonaba en el aire, y la tortilla se fue dorando, liberando una fragancia que parecía más que simple comida; era el aroma de algo que estaba por suceder.

“Esta tortilla te dirá lo que necesitas saber, hijo”, dijo Ana María al entregársela. “Solo recuerda, no es lo que encuentras, sino lo que eliges hacer con ello.”

Esteban no entendió del todo sus palabras, pero aceptó la tortilla. La sostuvo en sus manos y la partió, no con la idea de encontrar respuestas, sino con el mismo cansancio de quien ya ha buscado mucho sin hallar lo que buscaba. Al romperla, algo extraño ocurrió: la tortilla se deshizo en un polvo dorado que se elevó hacia el cielo, formando una figura en el aire. La gente que observaba el fenómeno se quedó en silencio, y Esteban sintió que algo dentro de él comenzaba a cambiar. La figura en el aire, como un espejismo, tomó forma: era la imagen de un camino largo, sinuoso, lleno de piedras y flores, y al final, una casa que nunca había visto.

Esteban observaba la figura que se formaba en el aire, y por un instante, se sintió transportado a otro lugar. La casa al final del camino era inconfundible, aunque jamás la había visto en su vida. Las paredes, de adobe antiguo, parecían abrazadas por un jardín desbordante de flores que no se encontraba en ningún lugar del pueblo. Cada pétalo que caía del cielo dorado en la visión parecía marcar una huella en el suelo de Esteban, como si lo invitara a seguir esa ruta. El aire se volvió pesado, cargado de una energía densa, casi palpable.

“¿Qué significa esto?” murmuró Esteban para sí mismo, sin atreverse a mirar a Ana María, que permanecía en su puesto observándolo desde su lugar, casi como si esperara algo más.

La señora Ana María se acercó lentamente, su paso pausado pero seguro. “La tortilla te ha mostrado lo que no podías ver con los ojos de la vida cotidiana, Esteban. Pero ahora, la decisión es tuya. El camino que ves es real, y no es solo una ilusión de hambre o desesperación. El destino te está llamando.”

Esteban miró la figura en el aire nuevamente. A lo lejos, el camino sinuoso parecía abrirse ante él, extendiéndose hasta donde la vista no llegaba. La casa al final del sendero se mantenía firme, intacta en su quietud, y la promesa de encontrar algo nuevo, algo distinto, lo llenaba de una mezcla de ansiedad y esperanza. La sensación de tener que tomar una decisión, una elección trascendental, lo invadió por completo. Pero, ¿a qué precio? ¿Realmente quería conocer lo que estaba más allá de lo visible?

“Pero... no tengo nada”, dijo Esteban, incapaz de comprender del todo la visión. “No tengo un hogar, no tengo un destino que me aguarde. ¿Por qué mostrarme algo tan lejano?”

Ana María lo observó por un largo momento, como si leyera cada uno de sus pensamientos. “La tortilla no muestra lo que ya conoces, sino lo que puedes encontrar. No te da respuestas, solo te enseña el camino. El viaje depende de ti, hijo. El destino no es solo un lugar, es lo que eliges ser en el trayecto. Quizá esta visión no sea la que esperabas, pero es la que necesitas.”

El viento comenzó a soplar con más fuerza, levantando polvo del suelo, como si el pueblo mismo se viera sacudido por una fuerza invisible. La figura del camino en el aire tembló por un instante, pero no desapareció. Esteban dio un paso hacia atrás, y por un momento, dudó. La vida le había mostrado siempre caminos difíciles, tortuosos, y no estaba seguro de querer enfrentar uno más. Sin embargo, una parte de él sentía que si no lo hacía, algo quedaría inconcluso, como si ese sendero estuviera esperando para cerrarse una vez más. Su corazón latía más rápido, impulsado por una fuerza inexplicable, y la certeza de que el destino se estaba tejiendo alrededor suyo lo envolvió como una capa fría.

“¿Y si no me atrevo?” preguntó, más para sí mismo que para Ana María.

La señora lo miró y sonrió levemente, como si ya conociera la respuesta. “Entonces seguirás buscando, siempre buscando, pero nunca sabrás qué hubiera pasado si hubieras seguido ese camino.”

Esteban miró el camino en el aire, una imagen que parecía grabada en su mente, y un sentimiento extraño lo invadió, como si toda su vida hubiera estado caminando sin saber adónde iba, esperando que algo o alguien le indicara el rumbo. La casa al final del sendero, tan lejana y a la vez tan cercana, parecía llamarlo, pero las dudas lo detenían. Era joven, y la vida le había mostrado lo más duro: el desarraigo, la pobreza, la incertidumbre. ¿Valdría la pena arriesgarse a seguir un camino que podía terminar tan solo en otra desilusión?

“Si no lo haces, siempre quedará una pregunta, Esteban. Y la vida sin respuestas es solo una espera interminable”, dijo Ana María, sus ojos fijos en los de él, como si las palabras pudieran calar más profundo que cualquier gesto.

El viento soplaba más fuerte ahora, llevando consigo una brisa fresca que parecía limpiar las huellas del polvo, como si la tierra misma lo estuviera invitando a seguir adelante. Esteban sintió que su corazón latía con más fuerza, como si todo su ser estuviera al borde de un salto. Podía quedarse en el pueblo, en su zona de confort, donde la gente lo conocía, donde la vida transcurría con la misma repetición que la de cualquier otro. Pero, por alguna razón, algo dentro de él le decía que debía dar el paso, que debía seguir esa visión que había visto en la tortilla, que esa imagen no era un simple espejismo, sino una promesa de algo que podía ser.

Respiró hondo, mirando una última vez la casa en el aire, con las flores que la rodeaban, la puerta cerrada, esperando que alguien llegara. Sin saber exactamente por qué, se acercó a la figura dorada del camino que flotaba ante él, como si estuviera trazando una línea en el aire. Al dar un paso hacia adelante, el polvo bajo sus pies comenzó a desvanecerse, y la figura de la casa pareció volverse más clara, más cercana.

Finalmente, sin mirar atrás, Esteban dio el primer paso. Fue lento, dudoso, pero cuando su pie tocó el suelo, algo en él se rompió, una barrera invisible que lo había mantenido prisionero durante años. El aire ya no estaba pesado. Se sentía libre, como si una fuerza extraña y cálida lo envolviera, guiándolo hacia ese destino incierto. No sabía qué le depararía el camino, pero

lo aceptaba. Sabía que lo que había dejado atrás —el miedo, la inseguridad— no podría detenerlo más.

Ana María lo observaba desde su lugar, su mirada tranquila. Sabía que Esteban había tomado la decisión correcta, la que solo podía tomar quien se atreve a caminar en lo desconocido. La feria seguía su curso, la gente paseaba, el bullicio no se detenía, pero para Esteban, la vida había dado un giro. Ya no caminaba por el sendero de la duda, sino por el de la esperanza. A medida que avanzaba, la casa en la visión se iba acercando, y con cada paso, Esteban sentía que su alma se aligeraba. La tortilla había revelado lo que no sabía que buscaba: la valentía de seguir el camino del destino, no porque fuera fácil, sino porque era el suyo.

## El ajonjolí de los milagros



**E**n el pueblo de Santiago, el sol apenas comenzaba a asomarse sobre las montañas cuando los primeros rayos tocaban la tierra dorada, sembrando luz sobre los campos de maíz y frijoles que se extendían hasta donde la vista alcanzaba. Los campesinos ya se afanaban en la faena diaria, alistando sus herramientas, levantando los pesebres de las cabras y vacas, o llevando los cestos llenos de hierba fresca para el ganado. Pero algo peculiar había ocurrido esa mañana, algo que nadie esperaba ni anticipaba, aunque todos lo conocían, porque, como decía la abuela, “el milagro de los santos no avisa cuándo llega, solo llega”.

La señora Lucha, una mujer de edad avanzada, con el rostro marcado por las arrugas y la vida misma, caminaba despacio por la calle empedrada del pueblo. Llevaba un canasto de mimbre colgado del brazo, rebosante de ajonjolí, ese pequeño grano dorado que no solo se usaba en la cocina, sino que en la casa de Lucha tenía un propósito mucho más profundo. En su canasto, los granos brillaban como estrellas diminutas, casi como si quisieran escapar de la mundanidad del día y elevarse a los cielos.

“Hoy va a pasar,” murmuró Lucha entre dientes mientras cruzaba la plaza del pueblo, esquivando a los niños que jugaban a la cuerda. Había algo distinto en el aire, una tensión que no se podía explicar con palabras. Un susurro de milagro flotaba sobre los tejados de las casas, como si el viento lo trajera consigo. En su corazón, Lucha sabía que este día no sería como los demás.

Había oído historias desde pequeña sobre el poder del ajonjolí. Decían que en tiempos antiguos, los dioses lo usaban para sembrar semillas de salud y prosperidad, que era la esencia misma de la vida. Se contaba que, bajo la luna llena, el ajonjolí se convertía en un mensajero divino, entregando bendiciones a aquellos que sabían cómo pedir las. Lucha, desde joven, había seguido la tradición de su madre y su abuela: sembrar el ajonjolí en su huerto y, cuando el momento llegaba, esparcirlo en los altares dedicados a los santos.

Llegó hasta la iglesia, donde las campanas empezaron a sonar con un tono distinto, más suave, como si la misma iglesia sintiera lo que iba a ocurrir. Lucha se acercó al altar de la Virgen de la Candelaria, donde el incienso aún flotaba en el aire, mezclado con el aroma a cera de las velas encendidas. Con calma, empezó a esparcir los granos de ajonjolí sobre el suelo frío de la iglesia. Cada grano que caía era como una oración callada, una súplica por la salud de los enfermos del pueblo, por la prosperidad que todos deseaban.

La luz que entraba por las ventanas de la iglesia parecía volverse más cálida, y de repente, un viento suave recorrió la sala, moviendo las velas sin que nadie las tocara. Lucha levantó la mirada, y por un instante, creyó ver una figura que se deslizaba entre las sombras, pero solo duró un segundo, como un destello de luz en la penumbra. Nadie más lo vio, pero Lucha, con su corazón ya abierto a los milagros, lo sabía: algo estaba por ocurrir.

El aire en la iglesia se había cargado de una tensión sutil, una quietud que solo se sentía cuando algo grande estaba por ocurrir. Lucha se quedó allí, de pie ante el altar de la Virgen de la Candelaria, con las manos extendidas, como si esperara una respuesta del aire mismo. El ajonjolí que había esparcido sobre el suelo ya formaba pequeños montones dorados, pero algo más se había sembrado en el ambiente: una inquietud que crecía, palpitante, como el canto de un ave en la penumbra.

La puerta de la iglesia se abrió lentamente, y un hombre entró, uno que no había sido visto en el pueblo durante años. Era el señor Benito, un hombre alto, de rostro severo y ojos hundidos, que había dejado San Andrés hacía tiempo para irse a trabajar en los campos de caña, allá en las orillas del río. Nadie sabía mucho de él desde su partida, pero su aparición causó un susurro entre los pocos feligreses que aún permanecían dentro de la iglesia.

Benito caminó con paso firme hacia el altar, su mirada fija en los montones de ajonjolí. Nadie se atrevió a hablar, pero el murmullo comenzó a crecer en el interior del templo. Lucha, al verlo, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. ¿Por qué había regresado Benito justo en ese momento? ¿Qué quería? La leyenda decía que los milagros del ajonjolí solo se activaban cuando el corazón de la persona estaba limpio, cuando la fe no pedía nada a cambio. Pero Benito no parecía una persona de fe. Era un hombre que había probado las miserias del mundo y las había aceptado sin pedir nada más que trabajo y silencio. Su corazón, según los que lo conocían, había quedado marcado por la amargura de la vida.

“¿Qué es esto?”, preguntó Benito con voz áspera, señalando los montones de ajonjolí.

Lucha no sabía qué responder. No podía explicarle que aquellos granos, esos pequeños y humildes granos de maíz, eran la semilla de un milagro, que cada uno representaba una oración callada, una petición por la salud, por la abundancia, por la paz del pueblo. En ese instante, todo lo que había sentido hasta ahora se desvaneció, como si la presencia de Benito hubiera despojado a la iglesia de la suavidad y la luz que antes la envolvían.

“Es el ajonjolí de los milagros”, dijo finalmente, con voz temblorosa. “El que siembra, recoge lo que la vida le tiene preparado.”

Benito sonrió, pero no era una sonrisa de comprensión, sino una mueca de ironía. “¿Milagros? ¿Usted cree en eso, señora Lucha? ¿De veras cree que esos granos van a cambiar la suerte de este pueblo? La suerte no se cambia con rezos, ni con tortas de ajonjolí.”

Lucha lo miró fijamente, con el corazón acelerado. Sabía lo que Benito había dicho era cierto: la suerte de un pueblo no se cambiaba con simples oraciones, pero algo en su interior la decía que el ajonjolí tenía otro poder, un poder que ni siquiera ella entendía completamente. Estaba

a punto de decir algo, pero el sonido de las campanas, que antes sonaba suave y lejano, empezó a sonar con fuerza, como un llamado urgente. El aire se llenó de un estremecimiento, y el lugar comenzó a vibrar, como si la tierra misma se estuviera moviendo bajo sus pies.

En ese momento, los montones de ajonjolí comenzaron a moverse, como si fueran arrastrados por una corriente invisible. El viento en el interior de la iglesia se intensificó, y una luz dorada envolvió los granos, que comenzaron a elevarse lentamente, flotando hacia el techo, mientras la figura de la Virgen de la Candelaria parecía brillar con una intensidad sobrenatural. Benito, atónito, dio un paso atrás, como si sintiera que el aire había dejado de ser suyo, como si algo ajeno estuviera tomando control.

Lucha, al igual que los demás, miraba en silencio, y entonces entendió que los milagros, aunque no se pudieran ver siempre con los ojos del cuerpo, sí eran reales. El ajonjolí de los milagros no se trataba de una simple tradición, sino de una fuerza que iba más allá de lo que los hombres podían comprender. La luz dorada que envolvía la iglesia comenzó a intensificarse, y un murmullo se alzó entre los presentes, quienes, sin entender qué sucedía, sentían una mezcla de miedo y asombro. Benito, de pie frente al altar, observaba con los ojos bien abiertos, pero el desconcierto en su rostro no dejaba lugar a dudas: el mundo conocido, ese que había dado por cierto durante toda su vida, parecía desmoronarse ante lo que estaba ocurriendo.

Los granos de ajonjolí flotaban ahora como pequeñas estrellas suspendidas en el aire, moviéndose lentamente hacia el centro del altar, como si una fuerza invisible los guiara. Un suave zumbido, casi inaudible, llenaba el espacio, como si el aire mismo estuviera susurrando secretos antiguos, secretos que nadie más que la tierra y el cielo entendían. Lucha, con el corazón palpitando fuerte, se arrodilló. Sabía que había algo más en este momento que la simple magia de los milagros. Había llegado el instante en el que todo lo que había hecho, lo que había creído, se revelaba ante ella, ante todos. Los ajonjolíes no solo representaban las oraciones del pueblo, sino el verdadero lazo entre la humanidad y lo divino, el vínculo que a veces olvidamos pero que siempre estuvo ahí, latente.

“¡Miren!” exclamó una de las mujeres que se encontraba cerca de la entrada. Todos se volvieron al mismo tiempo hacia la ventana, desde donde una luz intensamente brillante

comenzaba a desbordarse, como si el sol mismo estuviera ardiendo sobre la iglesia. Pero no era el sol, era una luz que parecía surgir del mismo corazón de la tierra, una luz de esperanza, de pureza, que iluminaba no solo el espacio físico, sino también los corazones de aquellos presentes.

Benito, por un momento, sintió como si un peso invisible lo aplastara. El aire había dejado de ser solo aire, y los granos de ajonjolí parecían llamarlo a algo que él no podía comprender. Por fin, después de lo que pareció una eternidad, Benito cayó de rodillas, como si una fuerza superior lo hubiera empujado al suelo. Los granos de ajonjolí, que antes flotaban como pequeños destellos, comenzaron a descender lentamente, cayendo sobre él, cubriéndolo con su dorado manto. En ese instante, una calma profunda invadió la iglesia. Benito, con la cabeza inclinada, parecía haber caído en un trance, un trance del que no podía escapar.

Lucha se acercó, temblorosa, pero con el corazón lleno de un extraño consuelo. Se arrodilló junto a Benito, cuya expresión había cambiado por completo. Ya no era el hombre endurecido por la vida, el que desechaba cualquier esperanza; ahora, su rostro reflejaba algo más, una paz que solo se puede encontrar en el encuentro con lo divino.

“Lo que buscabas, Benito”, murmuró Lucha, “no estaba en las cañas ni en el trabajo en los campos. Estaba en tu corazón, esperando a que lo descubrieras.”

Benito levantó la mirada, y por primera vez, sus ojos no estaban vacíos ni desolados. Había algo en ellos, algo de entendimiento, como si hubiera llegado a un acuerdo con la vida misma. Y, en ese momento, la iglesia vibró una vez más, pero esta vez no con miedo, sino con un canto suave, como si el mismo universo cantara en armonía con los corazones de los presentes. La luz dorada que inundaba el lugar empezó a desvanecerse, lentamente, dejando tras de sí una calma absoluta. Los granos de ajonjolí que cubrían el altar y el suelo regresaron a su forma original, diminutos y humildes, como si nada hubiera sucedido. Pero algo sí había cambiado: el pueblo de Santiago nunca sería el mismo.

Benito se levantó, miró a Lucha, y con una ligera sonrisa, susurró: “Gracias.” Y aunque no dijo más, no hizo falta. El milagro había sucedido, y todos en la iglesia, incluidos los que aún no comprendían lo sucedido, sabían que el ajonjolí de los milagros no solo había cambiado

a Benito, sino también a cada uno de los que había presenciado ese instante sagrado. El pueblo de Santiago siguió con su rutina, pero en cada rincón, desde las huertas hasta las plazas, flotaba ahora un aire de esperanza, como si la tierra misma hubiera recordado a todos que los milagros no solo se viven en la oscuridad, sino en el momento preciso cuando uno está dispuesto a ver lo que está oculto a simple vista.

## El Santo que bailaba en las Noches



**E**n los rincones más apartados de la Sierra Madre, donde el cielo se viste de un azul profundo y las montañas parecen abrazar el viento, vivía un pueblo que no tenía nombre, ni siquiera lo necesitaba. Era un lugar olvidado por el tiempo, sin más pretensiones que ser el refugio de aquellos que preferían la calma a las prisas del mundo. El aire fresco y la tierra fértil permitían que el pueblo viviera en armonía con su entorno, en una sinfonía que solo los más sabios podían escuchar. Pero no era solo la naturaleza lo que mantenía viva esa paz. También había algo más, algo que se decía con voz baja y mirada furtiva.

Se hablaba de un santo, un hombre de hábitos simples que, muchos años atrás, había llegado al pueblo como un extranjero sin más pertenencias que una mochila llena de humildes rezos y un corazón lleno de amor por el prójimo. Nadie sabía de dónde venía ni por qué había decidido quedarse en ese pueblo perdido en las montañas, pero su presencia era como la de un protector invisible. Todos lo conocían, pero pocos lo veían de cerca. Se decía que su vida era tan austera como su presencia, y que su rostro, marcado por el paso del tiempo, reflejaba una paz que los demás nunca lograban alcanzar. Su nombre era desconocido para todos, pero

la gente le llamaba “San José de la Noche”, pues se decía que, por las noches, se le podía ver bailar en los campos.

Al principio, los más viejos del lugar intentaron ignorar las historias que circulaban entre los niños. Decían que eran invenciones de la imaginación, cuentos para asustar a los más pequeños. Pero las historias seguían creciendo. Decían que, cuando el viento comenzaba a soplar fuerte y la luna se alzaba llena sobre las montañas, San José aparecía en los campos, solo, sin más compañía que la música que el viento traía consigo. Nadie lo había visto de cerca, pero se decía que danzaba con una gracia que desbordaba la tierra misma, como si el suelo estuviera de acuerdo con su ritmo, moviéndose al son de un tambor invisible.

Las noches de luna llena se volvieron un espectáculo de susurros. Los más jóvenes, armados de valentía y curiosidad, se aventuraron a caminar por los campos en busca del santo bailarín. “Quizás solo es un sueño”, pensaban, pero los que volvían nunca lograban borrar la imagen de aquel hombre solitario, danzando entre las sombras, su figura iluminada por la luna y por una luz que parecía emanar del mismo suelo.

Los ancianos, que conocían bien los misterios del mundo, advertían a los jóvenes que no se acercaran. “El santo no está solo”, decían con voz grave. “Él baila para la tierra, para las estrellas, para el viento. Si lo buscas demasiado, podrías perderte entre las sombras.” Pero, a pesar de las advertencias, la curiosidad se apoderaba de los jóvenes, y cada vez más se aventuraban a ver con sus propios ojos lo que solo se contaba en susurros.

Una noche de invierno, cuando el aire era tan frío que parecía cortar la piel, el joven Esteban decidió desafiar las historias y se adentró en los campos al caer la noche. Caminó durante horas, siguiendo el susurro del viento, hasta que, en medio de la oscuridad, vio una luz débil que brillaba entre las sombras. Era él. San José de la Noche, de pie, en medio del campo, rodeado por una danza de sombras que parecía venir de la tierra misma. No había música, pero el ritmo del viento parecía darle vida a sus pasos, que se movían con una precisión casi divina.

Esteban se quedó quieto, observando en silencio. No podía creer lo que veía. El santo danzaba con una elegancia que desbordaba todo lo que él conocía. Sus pies descalzos tocaban la tierra

con una suavidad que no dejaba rastro, como si la misma tierra lo acogiera. La luz de la luna bañaba su figura, y el aire parecía cantar con él, como si todo el universo estuviera en armonía con ese hombre solitario. Esteban sintió una paz indescriptible, una paz que no venía de su alma, sino que parecía emanar de la tierra misma.

Sin embargo, en el momento en que intentó acercarse, el santo se detuvo. Esteban, temeroso, retrocedió unos pasos. Pero el santo no miró hacia él, no hizo el más mínimo gesto. Simplemente se giró, y sin prisa, se desvaneció en la oscuridad, como si nunca hubiera estado allí. La luz se apagó de inmediato, y el viento dejó de cantar. Esteban permaneció allí, parado, sin saber si había sido un sueño o si realmente había visto lo que sus ojos creían. Pero, cuando regresó al pueblo, nunca volvió a ser el mismo.

Pasaron los años, y la leyenda de San José de la Noche continuó creciendo. Algunos decían que el santo bailaba para mantener el equilibrio de la tierra, para que los campos siguieran siendo fértiles y las lluvias llegaran a su tiempo. Otros, más cautelosos, afirmaban que el santo estaba preparando a los hombres para un cambio, un cambio que no podía explicarse con palabras. Lo cierto es que nadie volvió a ver al santo después de esa noche, pero todos lo sentían. En las noches de luna llena, cuando el viento soplaba con fuerza, se podía escuchar el eco de una danza que parecía provenir de lo más profundo de la tierra. Nadie lo veía, pero todos lo sabían: San José de la Noche seguía bailando, una danza eterna que unía el cielo, la tierra y el hombre.

Los años pasaron, y el pueblo, como todo en el mundo, cambió. La tecnología llegó, los campos fueron reemplazados por fábricas, y la gente dejó de creer en los viejos relatos. Sin embargo, cada vez que alguien caminaba por el campo en una noche de luna llena, y sentía el viento acariciando su rostro con un susurro peculiar, se detenía un momento, mirando hacia el horizonte, como si esperara ver algo más. Y aunque ya no quedaba quien pudiera contar la historia con la misma convicción que antes, todos sabían en lo profundo de su ser que San José de la Noche, el santo que bailaba en los campos, seguía danzando entre las sombras, cuidando, como solo los seres verdaderamente divinos pueden hacer, el alma misma de la tierra.

## El Cristo de los caminos polvorientos



**T**epalcingo, un pequeño pueblo aposentado en las llanuras de Morelos, no era conocido por su tamaño ni por su modernidad, sino por una tradición que hacía eco en los corazones de sus habitantes y en los de aquellos que, como visitantes de ocasión, se perdían entre sus calles empedradas. La feria que se celebraba cada tercer viernes de marzo era, sin lugar a dudas, el evento más esperado del año. Y no era solo una feria común, sino una feria que tenía algo mágico en el aire, algo que los visitantes no podían describir con palabras pero que sentían en lo más profundo de su ser.

La historia de esta feria comenzaba siglos atrás, cuando un pequeño crucifijo de madera, llamado “El Cristo de Tepalcingo”, había sido encontrado en un campo, medio enterrado bajo la tierra, por un campesino de la región. La historia decía que aquel Cristo había sido colocado en el altar de la iglesia del pueblo, y, con el paso del tiempo, había crecido una leyenda que lo vinculaba con milagros, sanaciones y momentos de profunda conexión espiritual. Pero lo que realmente convertía a ese Cristo en el centro de la feria era una historia que se contaba en voz baja, entre las sombras de las calles mojadas por la lluvia.

Se decía que, cada tercer viernes de marzo, el Cristo de Tepalcingo se “despertaba” y salía de su altar para caminar por el pueblo en una procesión que no se veía, pero se sentía. Era un viaje que no se hacía con los ojos, sino con el alma. Nadie había visto jamás a ese Cristo caminar físicamente, pero todos sentían su presencia. La feria, que se celebraba alrededor de la iglesia, coincidía con esta festividad que hacía que el aire se volviera pesado de emoción, como si el tiempo mismo se detuviera para rendir homenaje al Cristo y a la tierra que lo había acogido.

Martín, un joven originario de Tepalcingo, había crecido escuchando las historias sobre el Cristo y la feria. Para él, todo era una mezcla de creencias, de leyendas transmitidas por sus abuelos y padres, y de la fiesta que todos esperaban con ansias. Era un fervor que no solo se sentía en la iglesia, sino en cada rincón del pueblo. Los puestos de comida, los juegos mecánicos, las danzas y los conciertos, todo se llenaba de una alegría y una esperanza que era casi palpable. Para Martín, la feria era mucho más que una fiesta, era un reencuentro con su tierra, con su gente, con la esencia misma de Tepalcingo.

En los días previos a la feria, el pueblo se llenaba de actividad. Las mujeres se reunían en las cocinas para preparar las tradicionales “tlayoyos” y “tamales”, mientras los hombres colgaban guirnalda de papel y banderines por las calles. Todos trabajaban en conjunto para hacer que todo estuviera listo para el gran día. Los niños corrían por el pueblo, ansiosos por ver las luces y los colores de los juegos, mientras los adultos se encargaban de los detalles que harían de la feria una celebración única.

Para Martín, el tercer viernes de marzo no solo significaba diversión y fiesta, sino también la oportunidad de rendir homenaje a la tradición y a la figura del Cristo que había marcado su vida de una manera profunda. Siempre había sido un joven devoto, pero a medida que crecía, sentía que el Cristo de Tepalcingo lo guiaba de una manera especial. Había pasado por momentos difíciles, y era en esos instantes cuando sentía que la conexión con el Cristo se hacía más fuerte, como si, en algún lugar entre la fe y el misterio, su vida cobrara sentido.

El día de la feria, como era tradición, la iglesia estaba llena de fieles. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos naranja y rosados, y el pueblo se preparaba para lo que sería una noche mágica. El bullicio se intensificaba, y aunque las luces de la feria iluminaban

las calles, la iglesia seguía siendo el punto de concentración. Los tambores comenzaron a sonar, y el aroma de los “bocoles” y las “panes de elote” se mezclaban con la música tradicional que flotaba en el aire.

Esa noche, sin embargo, algo era distinto. Martín lo sintió al cruzar el umbral de la iglesia. El aire estaba cargado de una energía inconfundible. Como si, por alguna razón inexplicable, todo estuviera alineado para hacer de esa noche algo especial. El Cristo de Tepalcingo estaba allí, en su altar, pero no solo en forma física. La gente, como siempre, le rezaba en silencio, pero algunos sentían que algo más ocurría. En los rincones del templo, las luces temblaban y una brisa fresca se colaba por las ventanas abiertas. Era como si el Cristo estuviera observando a su pueblo, atento a cada oración, a cada suspiro.

De repente, cuando la misa llegó a su clímax, un estruendo retumbó desde el altar. Martín levantó la vista, y por un instante, juró haber visto la figura del Cristo moverse. Era solo un parpadeo, una ilusión, tal vez, pero su corazón se aceleró. El Cristo no solo estaba allí, sino que su presencia parecía ir más allá de lo tangible, como si su espíritu fuera el viento que acariciaba las mejillas de los fieles.

Mientras la música y las danzas continuaban afuera, en la feria, la procesión comenzó. Nadie sabía cómo o por qué, pero en ese momento, el Cristo de Tepalcingo parecía caminar entre la gente, no con sus pies, sino a través de la vibración del suelo, de la música y de las risas. Martín, con los ojos cerrados, sintió que el aire lo envolvía, que la tierra bajo sus pies temblaba al ritmo de algo ancestral. Era como si el pueblo entero, de alguna manera, estuviera siendo llevado por una fuerza invisible, una fuerza que venía de lo más profundo de la historia de Tepalcingo.

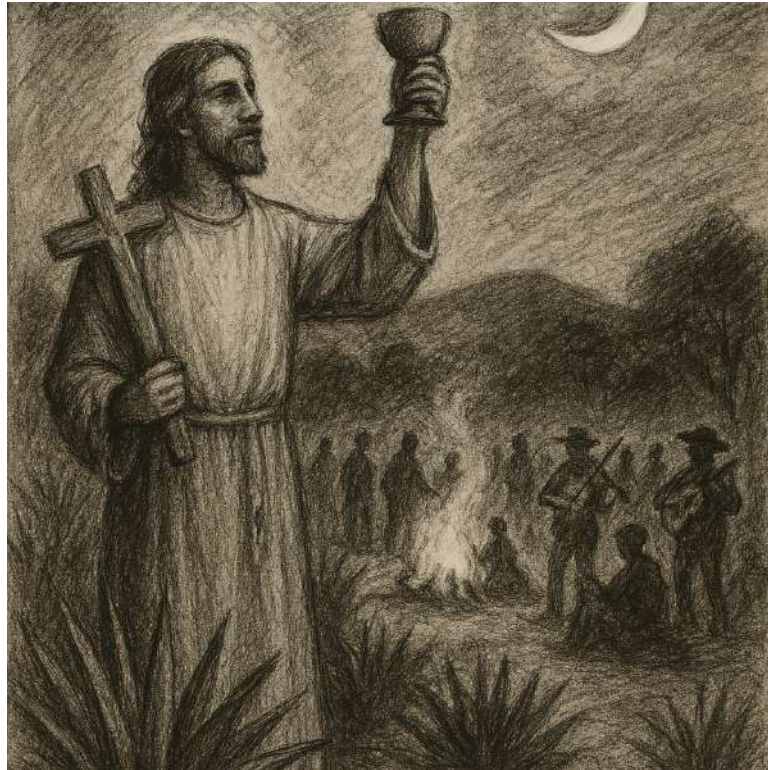
El Cristo bailaba con los campesinos, con los niños, con los viejos, con todos los que, en su corazón, sentían el llamado de esa tierra sagrada. No era un baile como los otros, no tenía pasos definidos, sino que era un movimiento sin forma, un baile de almas que se unían en un mismo canto. Los ojos de Martín brillaban con lágrimas, porque él sabía que no era solo un hombre el que bailaba en esa fiesta, sino algo mucho más grande: era la historia del pueblo, sus sacrificios, su fe, su vida cotidiana, todo unido en una danza sagrada.

Esa noche, la feria no fue solo un lugar de risas y ruido. Fue un encuentro con la divinidad, con el misterio que siempre había estado presente, pero que muy pocos se atrevían a ver. Los fuegos artificiales iluminaban el cielo, pero Martín sabía que, en ese instante, lo que realmente iluminaba el pueblo era la presencia del Cristo, bailando en los campos, guiando a su gente hacia una verdad profunda.

En el amanecer del sábado, cuando las últimas luces de la feria comenzaban a desvanecerse, Martín se encontró nuevamente frente a la iglesia. La gente ya se había dispersado, pero él permaneció allí, de pie, mirando el altar. Sabía que había sido testigo de algo que iría más allá de su entendimiento. El Cristo de Tepalcingo no solo vivía en el altar, sino en cada uno de los corazones del pueblo, en cada risa, en cada oración, en cada paso dado en esa noche de feria.

La leyenda del Cristo que baila en las noches del tercer viernes de marzo continuó, pero ahora, para Martín, esa historia había cobrado vida. Y cada año, cuando la feria llegaba, no importaba cuántos nuevos rostros aparecieran en el pueblo, él sabía que el Cristo seguiría bailando, guiando a su gente en una danza eterna que nunca dejaría de resonar en los campos de Tepalcingo.

## Los bandidos del Santo Mezcalero



**E**n la sierra quebrada de San Jerónimo del Rincón, donde los nopales florecen como guardianes de las veredas polvorientas y el mezcal brota de los hornos como si fuera sudor del mismísimo diablo, vivía el pueblo bajo la sombra de un Cristo raro. No era blanco ni limpio, ni hecho de maderas finas como los de otras parroquias, sino moreno, curtido por el humo de las veladoras y el aliento alcohólico de sus devotos. Lo conocían como el Santo Mezcalero, y no había feria en marzo donde no se bailara con él como si fuera uno más del pueblo, con su copita en la mano.

Contaban los viejos que el Cristo había llegado en tiempos de sequía, cargado en una mula por un arriero perdido. Al dejarlo en la capilla, llovió por tres días y tres noches, y desde entonces nadie quería moverlo. En cada feria, el Cristo era paseado entre danzas de machetes, voladores, chilenas y aroma de barbacoa, con los cargadores tambaleantes por la devoción... y por el mezcal de don Eufemio, que cada año sacaba sus mejores garrafones para honrar al patrono.

Pero esa feria fue distinta. Al rancho lo rondaba el rumor de una gavilla de bandidos: “Los gachupines negros”, que bajaban de las barrancas a saquear pueblos, disfrazados de penitentes. Se decía que no robaban dinero, sino santos. Íconos, reliquias, imágenes... como si buscaran formar su propio santoral profano. Y cuando llegó el día del paseílo, más de uno miró con recelo el monte. La plaza del pueblo hervía de algarabía. Puestos de antojitos soltando humo de tamales y atole; niñas con trenzas de listón vendiendo cadenitas de palma; y el redoble de la banda de viento marcando el inicio de la procesión. El Santo Mezcalero fue bajado de su nicho entre cánticos y cohetes. Su rostro de madera lucía más serio que de costumbre, como si adivinara algo. Don Eufemio, viejo mezcalero y mayordomo, había vestido al Cristo con su mejor manto: rojo como el corazón cocido del maguey.

—Este año lo siento inquieto —dijo en voz baja, mientras alzaba su copa hacia la imagen.

El cortejo comenzó. Los cargadores, con pasos acompasados, recorrieron las calles empedradas. Mujeres lanzaban pétalos desde las azoteas y los borrachitos abrían paso con danzas improvisadas. Pero entre la multitud, una figura llamó la atención. Un hombre alto, con la cara medio cubierta por un sombrero ancho, y una cicatriz que le bajaba por la ceja hasta el mentón. No bailaba, no rezaba. Solo observaba al Cristo con una especie de hambre.

Aquel era El Lince, jefe de los gachupines negros. A su lado, disfrazados de cargadores, venían tres de sus secuaces. Su plan era sencillo: en el bullicio del baile, cuando el Cristo pasara por la loma de los magueyes, lo arrebatarían y desaparecerían entre los senderos que sólo ellos conocían. Pero no contaban con la astucia de la Malinche, una vendedora de gorditas que había sido revolucionaria y sabía leer ojos más que palabras. Lo reconoció al primer vistazo.

—Ese hombre no viene a pedir milagros —dijo mientras limpiaba su comal—. Viene a robarlos.

Y fue con don Eufemio, que ya medio ebrio, se sostenía del bordón de madera más por necesidad que por devoción.

—Viejo, abre los ojos. Nos están cercando.

Eufemio la escuchó con un resoplido, pero cuando vio al hombre del sombrero y a sus compinches rondar el cortejo, le volvió la sobriedad como un trago de mezcal sin calentar.

—No dejaré que se lo lleven —dijo, apretando el bastón—. El Cristo es del pueblo, y del pueblo no se roba.

Y así fue que se gestó una defensa improvisada. A escondidas, Malinche avisó a los danzantes, a los voladores, a los arrieros, y hasta a los borrachitos que dormían bajo las bancas. Cuando el cortejo llegó al paraje solitario, donde el mezcalero solía hacer su oración por la cosecha, los bandidos se adelantaron. El Lince dio la señal y dos hombres se abalanzaron sobre los cargadores. Pero el Cristo no cayó. Una lluvia de piedras, chicharras, cohetes y cazos de atole hirviendo cayó sobre los asaltantes. Los danzantes, con machetes reales, rodearon al Cristo. Los borrachitos, armados con botellas vacías, hicieron una muralla humana. Malinche, con su cucharón de hierro, golpeó a uno en la nuca. Y don Eufemio, como si el mismo mezcal le hubiera dado fuerza divina, blandió su bastón con una furia que asustó hasta a los perros.

El Lince retrocedió, sorprendido por la resistencia.

—¿Qué clase de pueblo es este? —escupió con desprecio.

—Uno que baila con su santo —gritó Eufemio—. ¡Y no se deja robar ni el alma!

La noche cayó como un telón de sombras sobre San Jerónimo del Rincón. El cielo, sin luna, se llenó de brasas fugaces que subían de los cohetones estallando en lo alto. Aunque el intento de robo fue frustrado, la feria quedó herida. Los rostros de la gente andaban pálidos, como si la sacudida hubiera desenterrado viejos miedos. El Santo Mezcalero, sin embargo, seguía en su anda, sereno, con el rostro tiznado por la pólvora y una gota de cera que parecía lágrima en la mejilla.

Los bandidos huyeron hacia el monte, pero no sin dejar una amenaza:

—Regresaremos cuando se les acabe la fiesta —gritó El Lince, mientras montaba su caballo en el filo de la vereda—. Ese Cristo tiene un poder, y será nuestro.

El pueblo, en vez de amedrentarse, respondió con tambora y jarana. El mezcal corrió como río desbordado. Los hombres bebieron en tanda, las mujeres tejieron escapularios con flores de laurel y hasta los niños jugaron a ser guardianes del santo. En cada casa encendieron velas. No una ni dos, sino docenas, como faros de fe que brillaban en la oscuridad de los cerros.

Don Eufemio convocó a los hombres más sabios del pueblo: viejos cazadores, rezanderas, curanderos y hasta el sacristán cojo que decían hablaba en sueños con el Cristo. Todos coincidieron: el Lince volvería en la madrugada, cuando los cuerpos estuvieran cansados y el pueblo adormecido por la fiesta. Pero entonces intervino la Malinche, con esa voz de tortillas al fuego y manos de maíz curtido:

—¿Y si el Cristo no espera? ¿Y si lo hacemos andar antes que lo roben?

—¿Caminarlo de noche? —dudó el sacristán—. Eso nunca se ha hecho...

—Pues hoy se hará —respondió la Malinche—. Esta imagen no es de iglesia cerrada, sino de maguey y corazón caliente.

Y así, a media noche, con la feria aún viva en sus luces y aromas, el pueblo bajó al Cristo y lo sacó en procesión. Las mujeres tejieron una corona de agaves, los músicos tocaron huapangos mezclados con letanías, y los danzantes bailaron descalzos, con la cara pintada de negro y rojo, como guerreros antiguos. La figura del Santo Mezcalero avanzaba entre las calles empedradas, envuelto en humo de incienso y copal, como si fuera un dios viejo que despertaba de siglos de sueño.

Pero en las sombras del mezquital, los bandidos ya esperaban.

El ataque comenzó justo al llegar al bordo del río seco. La oscuridad se rasgó con relinchos y gritos. El Lince y sus hombres, armados con cuchillos y escopetas viejas, cerraron el paso. El Santo quedó en medio, iluminado apenas por las velas que aún ardían en sus andas.

—Entréguenlo —rugió El Lince—. No es más que un pedazo de madera.

Don Eufemio, con la frente perlada de sudor y el alma encendida, se interpuso:

—Es nuestro sudor, nuestra fe, nuestra memoria... ¿y tú qué sabes de eso?

—Sé que su mirada da miedo —dijo otro bandido—. Que no se mueve, pero uno siente que lo juzga.

Hubo un silencio pesado. El pueblo no retrocedió. Mujeres, niños, ancianos y borrachos formaban una muralla. No había armas más que piedras, palos, cazos y unos cuantos machetes. Pero había algo más: coraje ancestral.

Entonces, sucedió lo que nadie olvidaría jamás.

El cielo, cerrado hasta entonces, se abrió con un trueno sin nube. De pronto, comenzó a llover. No una llovizna tímida, sino un aguacero tibio y terco, como el que brota de los hornos de mezcal cuando el maguey revienta. El río seco se llenó en minutos. Y el barro atrapó los pies de los caballos. El Cristo, alzado en sus andas, parecía sonreír.

Los bandidos, confundidos, trataron de retroceder, pero el lodo les jalaba los pasos. Uno a uno fueron cayendo, empapados y vencidos. El Lince, con los ojos enrojecidos por la mezcla de agua y rabia, gritó una última maldición... y escapó hacia el cerro, para no volver jamás.

El pueblo gritó, lloró y rió. La banda comenzó a tocar un son jarocho improvisado y la Malinche, con el vestido empapado, sacó su cucharón como estandarte. El Cristo fue alzado con fuerza renovada, bañado por la lluvia, y devuelto al templo en una fiesta que duró hasta el amanecer. Desde entonces, cada año, cuando llega la feria de San Jerónimo del Rincón, se cuenta la historia del Cristo que hizo llover, del mezcal que salvó al pueblo y de los bandidos que huyeron ante la fe y la fiesta.

Y en cada copa de mezcal, antes de beberla, la gente dice:

—Por el Santo Mezcalero... el que no se deja robar.

En estos cuentos viajan los ecos de ferias antiguas, danzas que hablan con los pies, santos que caminan de noche y milagros nacidos del polvo y la fe. Aquí, lo sagrado y lo profano se abrazan entre puestos de mezcal y rezos campesinos, en un México profundo donde la realidad y el mito se entrelazan como hilos de un mismo bordado.

El autor, abril 07 de 2025